LA VOCACION APOSTOLICA DEL CRISTIANO EN LA ENSEÑANZA DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

LUIS ALONSO

Introducción

«Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet...» (Io 12,24). La parábola del Señor se ha cumplido siempre. En la historia milenaria de la salvación, la acción de Dios ha surcado discretamente la vida de los hombres, valiéndose de instrumentos que han entregado silenciosamente su vida —muriendo a sí mismos—, a fin de que la gracia divina fructificase en las almas y renovase el empuje misionero y santificador de la Iglesia.

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, ha sido, en la historia reciente de la Iglesia, una de esas almas excepcionales escogidas por Dios. Su misión —iniciada por querer divino el 2 de octubre de 1928, barruntada desde la adolescencia, y cumplida con heroica abnegación a lo largo de su vida— ha resultado uno de los elementos fundamentales de la renovación eclesial suscitada por el Señor durante los últimos decenios. Su mensaje espiritual sobre la llamada universal a la santidad, la dimensión sobrenatural del trabajo, la vocación apostólica de los laicos, etc., ha inspirado las enseñanzas del Concilio Vaticano II, haste el punto de que —en palabras de Juan Pablo II— la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer constituye una anticipación «de la teología del laicado que ha caracterizado después a la Iglesia del Concilio y del postconcilio» [1]. Su celo sacerdotal —removido por una vida de continua oración— ha extendido por todos los rincones de la tierra la semilla del Opus Dei, al que hoy pertenecen más de 70.000 almas, hombres y mujeres de 80 nacionalidades, que animados por el espíritu del Fundador, viven incrustados en todas las encrucijadas de la humanidad, «para amarla, iluminarla, salvarla» [2].

1. Juan Pablo II, *Alloc. 19-VIII-79.*
2. *Ibidem.*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Este alma tan grande llevó, sin embargo, una vida de trabajo ordinario y oculto. «En 1975 –relata Don Alvaro del Portillo– cuando se cumplía el 50.º aniversario de su ordenación sacerdotal, escribía a sus hijos estas palabras entrañables: *No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca*» [3]. Como la semilla que muere silenciosamente en la tierra, así fue el paso de Mons. Escrivá por la tierra. «No sé silenciar que el corazón se me ha llenado de gozo –añade Don Alvaro del Portillo– (...) al releer, en notas muy antiguas del Fundador del Opus Dei, marcadas con trazos rápidos y bien definidos, esa misma intención, con las mismas palabras: "ocultarme y desaparecer"» [3 bis]. Mons. Escrivá de Balaguer vive ahora en la Patria del Cielo y, a pesar de su deseo, ya no le es posible esconderse, porque «no se puede ocultar la ciudad edificada sobre el monte» (Mt 5,14).

El 26 de junio de 1975, a mediodía, Dios llamó a Mons. Escrivá de Balaguer a su presencia. Ocurrió en una jornada normal, en el despacho donde había quemado miles de horas en un trabajo silencioso y constante, lleno de celo por las almas; allí exaltó Dios a quien tanto se había humillado (Cfr. Lc 18,14). Más tarde, los múltiples testimonios de altas personalidades eclesiásticas, así como los de personalidades de las ciencias, de las letras y de las artes, y los de hombres y mujeres de toda raza, edad y condición, sobre la figura y significación de Mons. Escrivá de Balaguer, se han sumado a la fama de santidad, extendida por todo el mundo, entre personas que atribuyen a su intercesión el haber obtenido innumerables favores espirituales y materiales.

Al referirse a la dimensión eclesial de su vida, todos estos testimonios vienen a coincidir, de una u otra forma, en dos afirmaciones: la intensa labor sacerdotal que Mons. Escrivá de Balaguer desarrolló a lo largo de su vida y su aportación a las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

Ya hemos citado las palabras del Papa Juan Pablo II sobre el carácter precursor que las enseñanzas del Fundador del Opus Dei tienen respecto del Concilio Vaticano II, y en el curso del presente trabajo no dejaremos de referirnos oportunamente a este punto. Queremos ahora señalar algo sobre la intensa labor sacerdotal que realizó durante su vida.

En la Presentación a *Es Cristo que pasa*, Don Alvaro del Portillo resumía así la vida del Fundador del Opus Dei: «Hablar de Dios, acercar los hombres al Señor: así lo he visto desde que lo conocí, en

3. Citado en A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, Madrid 1976, pp. 15-16.

3 bis. *Ibidem*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

1934» [4]. Efectivamente, a través de su predicación oral y escrita millones de almas se han sentido removidas por sus palabras encendidas en el amor de Dios. Desde 1925 —año en que recibió la ordenación sacerdotal— trabajó con personas de todas las condiciones sociales y desde las fechas fundacionales —2 de octubre de 1928 y 14 de febrero de 1930— dirigió todos los esfuerzos a realizar la Obra que Dios le había mostrado claramente. Y la voluntad de Dios era que trabajase con gentes de las más variadas circunstancias y situaciones personales. Cuando en 1968 le preguntaban por qué había fundado la Obra, esta fue su respuesta: «¿Por qué? Las obras que nacen de la voluntad de Dios no tienen otro porqué que el deseo divino de utilizarlas como expresión de su voluntad salvífica universal. Desde el primer momento la Obra era universal, *católica*. No nacía para dar solución a los problemas concretos de la Europa de los años veinte, sino para decir a hombres y mujeres de todos los países, de cualquier condición, raza, lengua o ambiente —y de cualquier estado: solteros, casados, viudos, sacerdotes—, que podían amar y servir a Dios, sin dejar de vivir en su trabajo ordinario, con su familia, en sus variadas y normales relaciones sociales» [5]. Esa era la voluntad de Dios: que el Opus Dei fuera universal en cuanto al tiempo, en cuanto al espacio y en cuanto a la condición de quienes recibirían de Dios la vocación.

Nuestro intento es hacer una aproximación a un tema central en la enseñanza del Fundador del Opus Dei: la vocación apostólica que dimana de la misma condición de cristiano. Ciertamente, nos habremos de contentar con esbozar los puntos decisivos y las líneas de fuerza que se desprenden de la predicación del Fundador del Opus Dei sobre esta cuestión, porque sería vano intentar en estas páginas un análisis sistemático de su riquísimo contenido doctrinal. Nos fijaremos especialmente en el cristiano que vive en medio del mundo y que ha recibido de Dios una vocación no para salir de ese mundo, sino para santificar ese mundo en el que ya se encontraba.

I. Dimensión apostólica de la vocación cristiana

1. *Llamada universal a la santidad y al apostolado*

Dentro del tesoro doctrinal que custodia la Santa Iglesia se encontraba, ya desde el principio, esta verdad: Dios quiere que todos

4. A. del Portillo, Presentación a *Es Cristo que pasa*, Ed. Rialp., 10.ª ed., Madrid 1975, p. 8.

5. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Ed. Rialp, 10.ª ed., Madrid 1975, n. 32.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

los hombres sean santos y que colaboren en la santidad de los demás. Durante bastantes siglos, sin embargo, había permanecido oscurecida esta doctrina. Se insistía en la exigencia de santidad sólo para unos pocos: el común de los cristianos parecían excluidos de esa llamada divina a la plenitud de la vida cristiana.

En este siglo y como muestra de la continua Providencia de Dios sobre su Iglesia ha querido el Señor recordar esta verdad a través de la vida y enseñanza del Fundador del Opus Dei.

En 1930, Mons. Escrivá de Balaguer expresaba así este designio divino: «Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa —*homo peccator sum,* exclamamos con Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio» [6].

a) *Un querer de Dios*

Mons. Escrivá de Balaguer concebía su vida como cumplimiento de una misión divina. Por eso, junto a la conciencia clara de su indignidad personal, aparece el convencimiento de que ésa era la voluntad de Dios. Tres son los aspectos que querríamos destacar en sus palabras: Dios lo quiere, no es un mero empeño humano con finalidad sobrenatural; universalidad de esa llamada a la santidad: no es un privilegio sino una ley común; y que la santidad consiste en la caridad, en el Amor.

Esta última característica —la santidad consiste en el Amor— nos permite relacionar este llamamiento universal a la santidad con el primer mandamiento del Decálogo y señalar que, como consecuencia, no es una simple invitación sino una obligación que alcanza a todos. Así lo dejó reflejado en *Camino*, en 1939, Mons. Escrivá de Balaguer: «Tienes obligación de santificarte. —Tú también. —¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos?

»A todos, sin excepción, dijo el Señor: "Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto"» [7].

---

6. Citado en A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, p. 9. Cfr. *Conversaciones*, n. 34, donde afirma que esa era su predicación desde la fecha fundacional, 1928.

7. *Camino*, Ed. Rialp, 30.ª ed., Madrid 1976, n. 291. Podríamos multiplicar los textos en los que Mons. Escrivá de Balaguer expresa este tema central de lo que Dios ha querido recordar a través de su vida y de su predicación. Baste, sin embargo, recoger el testimonio de quien más cerca ha estado de Mons. Escrivá de Balaguer: Don Alvaro del Portillo, que ha escrito: «Esta es la idea central del mensaje de Mons.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Unas palabras pronunciadas por Mons. Escrivá de Balaguer en 1967 subrayan la universalidad de situaciones en las que los cristianos han de santificarse, porque es allí donde Dios los llama para que alcancen la plenitud de la vida cristiana, cada uno en su lugar y según sus circunstancias personales.

«Quiere el Señor a los suyos en todas las encrucijadas de la tierra. A algunos los llama al desierto, a desentenderse de los avatares de la sociedad de los hombres, para hacer que esos mismos hombres recuerden a los demás, con su testimonio, que existe Dios. A otros, les encomienda el ministerio sacerdotal. A la gran mayoría, los quiere en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas. Por lo tanto, deben estos cristianos llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña» [8].

Mons. Escrivá de Balaguer no predicaba sólo que la santidad era posible para el cristiano corriente, para el hombre de la calle.

En sus palabras se descubre algo más profundo: es la misma vocación cristiana —sea cual fuere la propia vocación específica personal— la que obliga a tender a la santidad. Merece la pena recoger unas palabras suyas pronunciadas en mayo de 1974, en Brasil dirigiéndose a un grupo numeroso de personas —varios miles—, compuesto por estudiantes, obreros y empleados: «Quiero recordaros lo que el Señor ha dicho: *estote perfecti sicut Pater meus caelestis perfectus est;* sed santos como mi Padre celestial es santo. Y esto no nos lo ha dicho sólo a los sacerdotes, a las monjas, a los frailes. ¡Lo ha dicho a todos los hombres!: a ti, y a éste, y a aquél, y al de más allá, y al que está

Escrivá de Balaguer: que la santidad —la plenitud de la vida cristiana— es accesible para todo hombre, cualquiera que sea su estado y condición, y que la vida ordinaria, en todas sus situaciones, ofrece la ocasión para una entrega sin límites al amor de Dios, y para un ejercicio activo del apostolado en todos los ambientes» A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios,* discurso en la Universidad de Navarra, 12-VI-1976, recogido en el volumen «En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer», Eunsa, Pamplona 1976, p. 45. (Salvo los textos de la Sagrada Escritura, todas las citas en que no se menciona al autor son de Mons. Escrivá de Balaguer).

8. *Es Cristo que pasa*, n. 105. En nada se opone a esta universalidad de la llamada a la santidad lo que escribía Mons. Escrivá de Balaguer en 1939, en el n. 301 de *Camino*: «Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

»—Dios quiere un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana. —Después... *"pax Christi in regno Christi"* —la paz de Cristo en el reino de Cristo». Estas palabras muestran cómo la Providencia quiere valerse de algunos hombres, «un puñado», para, a través de ellos, cumplir sus designios de llamar a todos a la santidad.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

casado, y al que tiene novia, y al que todavía está en la duda, y al que no quiere tener novia: ¡a todos!».

Desde el comienzo de su actuación apostólica se dirigió a toda clase de personas para hablarles de la obligación que tenían de tender a la santidad. El mismo lo recordaba en una homilía de 1967: «Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

»¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» [9].

b) *Nuevo como el Evangelio*

Desde el 26 de junio de 1975, han sido muy numerosos los testimonios escritos de personalidades —entre ellas bastantes Cardenales— en los que se afirma que Mons. Escrivá de Balaguer ha sido un pionero de la santidad laical y un precursor de la doctrina del Concilio Vaticano II.

Sin embargo, cuando el Fundador del Opus Dei empezó a predicarla constituía algo revolucionario. Hasta tal punto que hubo de sufrir el ser tratado como un soñador, fuera de la realidad. Recordando aquellos primeros años, decía a sus hijos del Opus Dei en 1962: «Me puse a trabajar, y no era fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además, había la incomprensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo contrario, desconoce la verdad.

»Tenía yo veintiséis años —repito—, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso. Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. Me encontré con una solución de continuidad de siglos: no había nada. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso, algunos

9. *Conversaciones*, n. 114. Al recoger estas palabras, el Card. BAGGIO —subrayando la época: los años treinta— escribía el 26 de julio de 1975: «observamos aquí que faltaban otros tantos años y más para la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

decían que yo estaba loco y que era un hereje, y tantas cosas más» [10]. Algunos años después —en 1974—, en Brasil, alguien le hizo una pregunta bien directa: —¿Por qué, cuándo y quién le había llamado loco? Y esta fue su contestación: «—¿Te parece poca locura decir que en medio de la calle se puede y se debe ser santo? ¿Que puede y debe ser santo el que vende helados en un carrito, y la empleada que pasa el día en la cocina, y el director de una empresa bancaria, y el profesor de la universidad, y el que trabaja en el campo, y el que carga sobre las espaldas las maletas ...? ¡Todos llamados a la santidad! Ahora esto lo ha recogido el último Concilio, pero en aquella época —1928—, no le cabía en la cabeza a nadie. De modo que... era lógico que pensaran que estaba loco (...)» [11].

El Fundador del Opus Dei jamás pensó en el reconocimiento de esta correspondencia entre lo que predicaba desde los comienzos con lo que enseñó —muchos años más tarde— el Concilio Vaticano II. Expresaba, sin embargo, su alegría ante estas enseñanzas del Magisterio: «Por lo demás, lo importante no es sólo la proyección que he dado a estas ideas, especialmente desde 1928, sino la que le da el Magisterio de la Iglesia. Y no hace mucho —con una emoción, para este pobre sacerdote, que es difícil de explicar— el Concilio ha recordado a todos los cristianos, en la Constitución Dogmática *De Ecclesia,* que deben sentirse plenamente ciudadanos de la ciudad terrena, trabajando en todas las actividades humanas con competencia profesional y con amor a todos los hombres, buscando la perfección cristiana, a la que son llamados por el sencillo hecho de haber recibido el Bautismo» [12].

c) ... *Y como el Evangelio, viejo*

Al mismo tiempo, toda esta doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer arrancaba de las mismas fuentes bíblicas y evangélicas. Así lo explicaba en 1966: «El Señor suscitó el Opus Dei en 1928 para ayudar a recordar a los cristianos que, como cuenta el libro del Génesis, Dios creó al hombre para trabajar. Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazareth trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación. (...)

10. Citado en S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Ed. Rialp, Madrid 1976, pp. 103-104.
11. *Ibidem.*
12. *Conversaciones*, n. 47.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

»Las condiciones de la sociedad contemporánea, que valora cada vez más el trabajo, facilitan evidentemente que los hombres de nuestro tiempo puedan comprender este aspecto del mensaje cristiano que el espíritu del Opus Dei ha venido a subrayar. Pero más importante aún es el influjo del Espíritu Santo, que en su acción vivificadora ha querido que nuestro tiempo sea testigo de un gran movimiento de renovación en todo el cristianismo. Leyendo los decretos del Concilio Vaticano II se ve claramente que parte importante de esa renovación ha sido precisamente la revalorización del trabajo ordinario y de la dignidad de la vocación del cristiano que vive y trabaja en el mundo» [13].

La novedad de las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer, no consistía sólo en nuevos «modos» de llevar a la práctica una tarea apostólica más o menos similar a lo que se vivía en aquellos tiempos dentro de la Iglesia. Era una auténtica revolución en el concepto y práctica del apostolado. Paradójicamente —como hemos visto— se fundaba esta doctrina en el Evangelio y era la vida propia de los primeros cristianos. En 1967 un periodista preguntaba a Mons. Escrivá de Balaguer si el Opus Dei tenía algunos precedentes, o era algo totalmente nuevo; o si, por fin, podría compararse a algunas asociaciones católicas existentes. La respuesta del Fundador del Opus Dei comienza recordando lo que se propone la Obra: promover la santidad en medio del mundo para toda clase de personas. Y a continuación afirma: «Por eso, en frase que escribí hace ya muchos años, se puede decir que el Opus Dei es viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo» [14].

En esa misma respuesta, después de señalar que lo que enseñaba se encontraba contenido en el Evangelio, comparaba el fenómeno ascético y pastoral que la Obra ha supuesto con el ejemplo de los primeros cristianos: «Si se quiere buscar alguna comparación, la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos. Los socios del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe» [15].

13. *Ibidem*, n. 55.
14. *Ibidem*, n. 24.
15. *Ibidem*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

2. *El Bautismo constituye al hombre en cristiano y apóstol*

La llamada universal a la santidad es para todos los hombres y coincide con la voluntad salvífica universal de Dios. En virtud de este querer divino todos los hombres están llamados a bautizarse y, así, poder alcanzar la santidad, desarrollando hasta su plenitud la vida cristiana iniciada en el Bautismo.

Este sacramento es el origen inmediato —el último es la voluntad salvífica de Dios— de la llamada universal a la santidad y al apostolado. En 1968 Mons. Escrivá de Balaguer expresaba así esta doctrina: «He pensado siempre que la característica fundamental del proceso de evolución del laicado es la toma de conciencia de la dignidad de la vocación cristiana. La llamada de Dios, el carácter bautismal y la gracia, hacen que cada cristiano pueda y deba encarnar plenamente la fe. Cada cristiano debe ser *alter Christus, ipse Christus,* presente entre los hombres. El Santo Padre lo ha dicho de una manera inequívoca: "Es necesario volver a dar toda su importancia al hecho de haber recibido el santo Bautismo, es decir, de haber sido injertado, mediante ese sacramento, en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia... El ser cristiano, el haber recibido el Bautismo, no debe ser considerado como indiferente o sin valor, sino que debe marcar profunda y dichosamente la conciencia de todo bautizado" (Enc. *Ecclesiam suam*, parte I)» [16].

La grandeza de lo que este sacramento nos confiere y su importancia en la vida del cristiano era un tema frecuente en la predicación del Fundador del Opus Dei. Puede constituir una buena muestra estas palabras pronunciadas en la fiesta de Pentecostés de 1969: «También nosotros, como aquellos primeros que se acercaron a San Pedro en el día de Pentecostés, hemos sido bautizados. En el Bautismo, Nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado el Espíritu Santo. El Señor, nos dice la Escritura Santa, nos ha salvado *haciéndonos renacer por el Bautismo, renovándonos por el Espíritu Santo, que El derramó copiosamente sobre nosotros por Jesucristo Salvador nuestro, para que, justificados por la gracia, vengamos a ser herederos de la vida eterna conforme a la esperanza que tenemos* (Tit III, 5-7)» [17]. Si no se valorase suficientemente la exigencia apostólica de este sacramento, se podría tratar de buscar —para los fieles corrientes— otros títulos que necesariamente limitarían la universalidad de la llamada y que harían de quienes se dedicaran a una labor apostólica, personas especiales. Mons. Escrivá de Balaguer —por voluntad de Dios— insistía precisamente, desde los

16. *Ibidem*, n. 58.
17. *Es Cristo que pasa*, n. 128.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

comienzos, en la consagración que todos los cristianos recibimos en el Bautismo: «Al Opus Dei no le interesan ni votos, ni promesas, ni forma alguna de consagración para sus socios, diversa de la consagración que ya todos recibieron con el Bautismo. Nuestra Asociación no pretende de ninguna manera que sus socios cambien de estado, que dejen de ser simples fieles iguales a los otros (...). Al contrario, lo que desea y procura es que cada uno haga apostolado y se santifique dentro de su propio estado, en el mismo lugar y condición que tiene en la Iglesia y en la sociedad civil. (...)

»La realidad social, la espiritualidad y la acción del Opus Dei se insertan, pues, en un venero muy distinto de la vida de la Iglesia: concretamente, en el proceso teológico y vital que está llevando el laicado a la plena asunción de sus responsabilidades eclesiales, a su modo propio de participar en la misión de Cristo y de su Iglesia» [18].

a) *Continuar la misión de Cristo*

«Ser cristiano no es título de mera satisfacción personal: tiene nombre —sustancia— de misión. Ya antes recordábamos que el Señor invita a todos los cristianos a que sean sal y luz del mundo; haciéndose eco de este mandato, y con textos tomados del Antiguo Testamento, San Pedro escribe unas palabras que marcan muy claramente ese cometido: *Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de Aquel que os sacó de las tinieblas a su luz admirable* (1 Pet II,9)» [19]. Recibimos esta misión en el Bautismo y se va afianzando, restaurando y cumpliendo en los demás sacramentos. Mons. Escrivá de Balaguer la describía así el Domingo de Resurrección del año 1967: «El cristiano se sabe injertado en Cristo por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a obrar en el mundo por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y a cada uno de los que le rodean, y a la humanidad entera (...).

»Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres» [20]. Esta misión es a la vez un mandato del mismo Cristo dirigido personalmente a cada uno de los cristianos. En 1934 escribía unas palabras que han urgido a miles de almas a sentirse personalmente alu-

18. *Conversaciones*, n. 20.
19. *Es Cristo que pasa*, n. 98.
20. *Ibidem*, n. 106.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

didas: «*Id, predicad el Evangelio... Yo estaré con vosotros...* —Esto ha dicho Jesús... y te lo ha dicho a ti» [21]. Y estas otras: «Ten presente, hijo mío, que no eres solamente un alma que se une a otras almas para hacer una cosa buena.

»Esto es mucho..., pero es poco. —Eres el Apóstol que cumple un mandato imperativo de Cristo» [22]. Las palabras que hemos recogido, no son sino una pequeña muestra de la insistencia del Fundador del Opus Dei en este tema.

Don Alvaro del Portillo, que ha convivido y seguido con fidelidad plena a Mons. Escrivá de Balaguer, da el siguiente testimonio: «Esta vocación universal al apostolado, (...) fue también una urgencia constante en las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer. Entendió siempre la responsabilidad apostólica de los seglares como un mandato divino —dinamismo de la gracia sacramental—, porque el mismo Cristo ha confiado a los bautizados el deber y el derecho de dedicarse al apostolado» [23].

b) *Alma sacerdotal*

En el sacramento del Bautismo recibe el hombre una participación en el sacerdocio de Jesucristo que le une a Cristo y abarca toda la vida del cristiano. Así lo expresaba Mons. Escrivá de Balaguer en 1960: «Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo* (1 Pet II,5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre» [24]. Por el Bautismo hemos sido revestidos de esta alta dignidad que nos lleva a ser mediadores entre Dios y los hombres: «Si el Hijo de Dios se hizo hombre y murió en una cruz, fue para que todos los hombres seamos una sola cosa con El y con el Padre (cfr. Ioh XVII,22). Todos, por tanto, estamos llamados a formar parte de esta divina unidad. Con alma sacerdotal, haciendo de la Santa Misa el centro de nuestra vida interior, buscamos estar con Jesús, entre Dios y los hombres» [25].

El sacerdocio común de los fieles no aparta a los seglares del mundo, sino que, en medio de la actividad ordinaria, han de encontrar la

21. *Consideraciones Espirituales*, Cuenca 1934, p. 95; *Camino*, n. 904.
22. *Consideraciones espirituales*, p. 97; *Camino*, n. 942.
23. A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, pp. 19-20.
24. *Es Cristo que pasa*, n. 96.
25. Citado en A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, p. 18.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ocasión de vivir la mediación ascendente, llevar las almas a Dios, y la mediación descendente, hacer que la gracia llegue a todos los hombres. Mons. Escrivá de Balaguer no se limitaba a exponer esta doctrina sino que ayudaba a ejercitar en la vida diaria el alma sacerdotal. Buena muestra de esta actividad apostólica concreta fue la contestación dada en 1972 a un traumatólogo que le preguntó cómo evitar la rutina en su trabajo: «Comprendo la gran labor sacerdotal que hacéis los médicos. Pero no te pongas orgulloso, porque todas las almas son sacerdotales. ¡Hay que actuar ese sacerdocio! Cuando te laves las manos, cuando te pongan la bata, cuando te metas los guantes, tú piensa en Dios, y piensa en ese sacerdocio real del que habla San Pedro; y tú, entonces, no tendrás rutina: harás bien a los cuerpos y a las almas» [26]. Por aquellas mismas fechas también le preguntaron, de modo más directo: ¿cómo debe ser el alma sacerdotal en nosotros, los seglares? La respuesta constituye una joya por ser un perfecto resumen de lo que en tantas ocasiones había predicado y enseñado a vivir: «—Todos los fieles tenéis un sacerdocio real. Es San Pedro quien lo afirma, de modo que yo no he tenido que inventarme nada, cuando —desde el año veintiocho— lo he venido predicando a mis hijas y a mis hijos. Participáis en el sacerdocio real de Cristo por haber recibido los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, y participáis también en los carismas que distribuye el Espíritu Santo, en el sentido de que hacéis muchas cosas buenas. Una palabra vuestra, a veces, abre los ojos a un ciego; vuestro modo de comportaros hace que un tullido, una persona que no hacía nada para la vida cristiana, se levante y trabaje a vuestro lado; y otras veces son muertos, que hieden, los que van al Sacramento de la Penitencia movidos por vuestros ruegos, por vuestra enseñanza, por vuestra oración. Se purifican, se limpian, y son capaces de todas las cosas buenas: han resucitado. Sois carismáticos, pero de los buenos: de la única Iglesia de Cristo».

Hasta el último instante de su vida no cesó Mons. Escrivá de Balaguer de inculcar esta doctrina. Don Alvaro de Portillo, testigo presencial, lo relata así: «Las postreras palabras que pronunció en público, dos horas antes de su paso al Cielo, trataron, como una confirmación de su continua predicación, de esa alma sacerdotal común a todos los cristianos. Fue en un Centro Universitario que la Sección de mujeres del Opus Dei dirige en Castelgandolfo. A las alumnas de veintiún países —de Australia a Polonia, de Filipinas a Kenya— el Padre les dijo: "Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre

26. Citado en G. HERRANZ, *«Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte». Palabras de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás a médicos y enfermos*, discurso en la Universidad de Navarra, 12-VI-1976, recogido en el volumen «En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer», Eunsa, Pamplona 1976, pp. 158-159.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que vengo por aquí. Vuestros hermanos seglares también tienen alma sacerdotal. Podéis y debéis trabajar con esa alma sacerdotal; y con la gracia del Señor y el sacerdocio ministerial en nosotros, los sacerdotes de la Obra, haremos una labor eficaz"» [27].

c) *Responsabilidad apostólica de todos los cristianos dentro de la Iglesia*

Antes de exponer cómo ha de comportarse cada cristiano para cumplir el fin de la Iglesia, nos parece necesario recordar lo que en 1972 predicaba Mons. Escrivá de Balaguer: «No tiene límites el Amor de Dios: el mismo San Pablo anuncia que el Salvador Nuestro *quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad* (1 Tim II, 4-6).

»Este, y no otro, es el fin de la Iglesia: la salvación de las almas, una a una. Para eso el Padre envió al Hijo, *y yo os envío también a vosotros* (Io XX,21). De ahí el mandato de dar a conocer la doctrina y de bautizar, para que en el alma habite, por la gracia, la Trinidad Beatísima: *a mí se me ha otorgado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruid a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñando a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos de que yo permaneceré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mt XXVIII, 18-20).

»Son las palabras sencillas y sublimes del final del Evangelio de San Mateo: ahí está señalada la obligación de predicar las verdades de fe, la urgencia de la vida sacramental, la promesa de la continua asistencia de Cristo a su Iglesia. No se es fiel al Señor si se desatienden esas realidades sobrenaturales: la instrucción en la fe y en la moral cristianas, la práctica de los sacramentos. Con este mandato Cristo funda su Iglesia. Todo lo demás es secundario» [28].

El Bautismo —*ianua Ecclesiae*— convierte al hombre en miembro vivo de la Iglesia. Por eso, la actuación del hombre cristiano ha de encaminarse a alcanzar el fin que Cristo quiso para su Iglesia. En esta verdad se fundamenta la responsabilidad apostólica que incumbe a todo cristiano. Así como en todo cuerpo vivo la actuación de cada miembro, aun siendo distinta de la de otros miembros, ha de contribuir al logro del fin de todo el cuerpo, así ocurre también en la Iglesia que es

27. A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*. p. 22.

28. *El fin sobrenatural de la Iglesia* (Homilía pronunciada el 28-V-1972), Madrid 1973, p. 13.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el cuerpo místico de Cristo: todos los fieles, dentro de la peculiar vocación de cada uno, han de colaborar en la consecución del fin de la Iglesia. Mons. Escrivá de Balaguer describía así esa participación: «En la Iglesia hay diversidad de ministerios, pero uno solo es el fin: la santificación de los hombres. Y en esta tarea participan de algún modo todos los cristianos, por el carácter recibido con los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Todos hemos de sentirnos responsables de esa misión de la Iglesia, que es la misión de Cristo (...).

»El apostolado no es misión exclusiva de la Jerarquía, ni de los sacerdotes o religiosos. A todos nos llama el Señor para ser instrumentos, con el ejemplo y la palabra, de esa corriente de gracia que salta hasta la vida eterna» [29].

Esta sería una continua enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer: todos los que han recibido el Bautismo tienen la misma responsabilidad apostólica en la Iglesia. También en esto fue el Fundador del Opus Dei precursor —por particular providencia de Dios— de lo que enseñaría el Concilio Vaticano II: «Ha recordado el Concilio: "Toda la actividad del Cuerpo Místico ordenada a este fin (la difusión del Reino de Cristo sobre la tierra) se llama *apostolado*, que es ejercitado por la Iglesia mediante todos sus miembros, en modos naturalmente diversos; la vocación cristiana, en efecto, es ciertamente, por su misma naturaleza, vocación para el apostolado" (Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2). La misión de Cristo, que la Iglesia continúa, es —dentro del orden jerárquico que el sacerdocio ministerial establece y garantiza— una misión que, *ratione Baptismi* (Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 33; Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3; Decr. *Ad gentes*, n. 15), corresponde a todos los fieles, miembros activos de un cuerpo vivo: "A cada discípulo de Cristo corresponde el deber de esparcir, en la medida que le sea posible, la fe" (Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 17)» [30]. Hay muchos textos de Mons. Escrivá de Balaguer con idéntica doctrina, que anticipan y preparan esta doctrina conciliar. En 1967 respondía a una pregunta sobre cómo la realidad eclesial del Opus Dei se inserta en la acción pastoral de toda la Iglesia:

«Me explicaré mejor con un ejemplo. En 1932, comentando a mis hijos del Opus Dei algunos de los aspectos y consecuencias de la peculiar dignidad y responsabilidad que el Bautismo confiere a las personas, les escribí en un documento: "Hay que rechazar el prejuicio de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesiásticos. El apostolado de los seglares no tiene por

29. *Lealtad a la Iglesia* (Homilía pronunciada el 4-VI-1972), Madrid 1973, p. 38.

30. A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, p. 19.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

qué ser siempre una simple participación en el apostolado jerárquico: a ellos les compete el deber de hacer apostolado. Y esto no porque reciban una misión canónica, sino porque son parte de la Iglesia; esa misión... la realizan a través de su profesión, de su oficio, de su familia, de sus colegas, de sus amigos".

»Hoy, después de las solemnes enseñanzas del Vaticano II, nadie en la Iglesia pondrá quizá en tela de juicio la ortodoxia de esta doctrina. Pero ¿cuántos han abandonado realmente su concepción única del apostolado de los laicos como una labor pastoral *organizada de arriba abajo?* ¿Cuántos, superando la anterior concepción *monolítica* del apostolado laical, comprenden que pueda y que incluso deba también haberlo sin necesidad de rígidas estructuras centralizadas, misiones canónicas y mandatos jerárquicos? ¿Cuántos que califican al laicado de *longa manus Ecclesiae*, no están confundiendo al mismo tiempo en su cabeza el concepto de Iglesia-Pueblo de Dios con el concepto más limitado de Jerarquía? O bien ¿cuántos laicos entienden debidamente que, si no es en delicada comunión con la Jerarquía, no tienen derecho a reivindicar su legítimo ámbito de autonomía apostólica?» [31].

En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer se advierte la conjunción de estos dos elementos: la vocación apostólica que corresponde al cristiano por su misma condición de bautizado y no necesariamente por un mandato jerárquico y, a la vez, la unión con los Obispos y la fidelidad al Magisterio de la Iglesia que ha de vivir con esmero todo fiel cristiano en esa actuación personal.

El Fundador del Opus Dei, en 1968, explicaba así las consecuencias que se derivan de haber recibido el Bautismo: «Esto trae consigo una visión más honda de la Iglesia, como comunidad formada por todos los fieles, de modo que todos somos solidarios de una misma misión, que cada uno debe realizar según sus personales circunstancias. Los laicos, gracias a los impulsos del Espíritu Santo, son cada vez más conscientes de *ser Iglesia,* de tener una misión específica, sublime y necesaria, puesto que ha sido querida por Dios. Y saben que esa misión depende de su misma condición de cristianos, no necesariamente de un mandato de la Jerarquía, aunque es evidente que deberán realizarla en unión con la Jerarquía eclesiástica y según las enseñanzas del Magisterio: sin unión con el Cuerpo episcopal y con su cabeza, el Romano Pontífice, no puede haber, para un católico, unión con Cristo» [32].

Todas estas enseñanzas constituían también una novedad cuando, alrededor del año treinta, las exponía el Fundador del Opus Dei. Este hecho ha sido puesto de relieve por numerosas personalidades eclesiás-

31. *Conversaciones*, n. 21.
32. *Ibidem*, n. 59.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ticas y civiles. Nos parece suficiente traer a colación lo que en septiembre de 1975 escribía el Card. Sergio Pignedoli: «Llegamos así al factor específico de la vocación laical y secular, que es, al mismo tiempo, el fundamento del carácter de cristiano: el Bautismo. La dignidad bautismal es el fundamento en el que el pueblo de Dios se configura como *apostólico*, es decir, *enviado* para continuar en la historia —con la guía de la Jerarquía— la única misión de Cristo. Partiendo de los sacramentos de la iniciación cristiana, la Iglesia —carismática e institucional a la vez—, es concebida en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer como una comunidad espontáneamente vital: crece y se desarrolla en el mundo gracias a la personal responsabilidad apostólica de todos los bautizados, comprometidos en descubrir *los caminos divinos de la tierra*» [33].

d) *Legítima autonomía de actuación en las cuestiones temporales*

El sacramento del Bautismo hace que el cristiano —con alma sacerdotal en virtud del sacerdocio común— convierta su vida en apostólica, pues a eso le llama su vocación. Junto a este rasgo hay, en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, otro muy característico y propio: la mentalidad laical. En la homilía que pronunció en el *campus* de la Universidad de Navarra en octubre de 1967, podemos encontrar estos dos elementos.

El sentido sacerdotal de la vida del cristiano queda expresado en estas palabras: «Se comprende, hijos, que el Apóstol pudiera escribir: *todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios* (1 Cor III, 22-23). Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor. Y para que quedara claro que —en ese movimiento— se incluía aun lo que parece más prosaico, San Pablo escribió también: *ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Cor X,31).

»Esta doctrina de la Sagrada Escritura, que se encuentra —como sabéis— en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei, os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese *algo divino* que en los detalles se encierra» [34].

33. S. PIGNEDOLI, *Mons. Escrivá de Balaguer un'esemplarità spirituale*, en «Il Veltro», Roma XIX (1975) 3-4.

34. *Conversaciones*, nn. 115-116.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Unos párrafos más adelante exponía lo que es la *mentalidad laical:*

«Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las *soluciones católicas* a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, *catolicismo oficial* o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas. Tenéis que difundir por todas partes una verdadera *mentalidad laical,* que ha de llevar a tres conclusiones:

»a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;

»a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene;

»y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas» [35].

Estos dos últimos rasgos de la mentalidad laical configuran la actuación apostólica de los cristianos, siempre dentro del respeto a la legítima libertad en las cuestiones temporales: políticas, sociales, científicas, etc., bajo las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia.

Si no se tuviera en cuenta esta libertad y la recta autonomía de las realidades temporales podría hacerse violencia a la naturaleza de las cosas y olvidar cuál es el verdadero objetivo apostólico del cristiano. Mons. Escrivá de Balaguer exponía con claridad esta doctrina en la Solemnidad de Cristo Rey de 1970: «Nunca hablo de política. No pienso en el cometido de los cristianos en la tierra como en el brotar de una corriente político-religiosa —sería una locura—, ni siquiera aunque tenga el buen propósito de infundir el espíritu de Cristo en todas las actividades de los hombres. Lo que hay que meter en Dios es el corazón de cada uno, sea quien sea. Procuremos hablar para cada cristiano, para que allí donde está —en circunstancias que no dependen sólo de su posición en la Iglesia o en la vida civil, sino del resultado de las cambiantes situaciones históricas—, sepa dar testimonio, con el ejemplo y con la palabra, de la fe que profesa» [36].

Desde el comienzo de su predicación reaccionaba con energía ante las mezclas de lo político con lo religioso. En 1967, hablando de la libertad de que gozan los socios del Opus Dei —por ser cristianos corrientes— en las cuestiones temporales, explicaba:

«Ciertamente los socios son católicos, y católicos que procuran ser consecuentes con su fe. Se les puede calificar como tales, si se quiere. Pero teniendo bien en cuenta que el hecho de ser católico no significa

35. *Ibidem,* n. 117.
36. *Es Cristo que pasa,* n. 183.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

formar grupo, ni siquiera en lo cultural e ideológico, y, con mayor razón, tampoco en lo político» [37].

La insistencia de Mons. Escrivá de Balaguer en no mezclar lo político con lo religioso no significa propugnar un cierto inhibicionismo de los cristianos en la actuación pública. Al contrario, junto a la enseñanza clara sobre la legítima libertad en lo temporal recuerda siempre la obligación que tienen todos los cristianos —en cuanto ciudadanos— de intervenir de modo personal en la vida pública. Cuando en 1974, en Buenos Aires, alguien le preguntó —¿Qué puedo hacer para darles a entender a nuestros amigos que lo más importante es tratar a Dios, y que no se preocupen tanto por otras cosas..., por política...?, ésta fue su respuesta: «—Bueno; es que no les puedes decir que no se preocupen de política. Porque justamente, por amor de Dios, algunas personas se ocupan de política: ¡yo no! Yo no trato de ese tema, pero comprendo que haya ahí gente llena de rectitud: unos van por la derecha, otros por la izquierda, otros por allá, y ninguno desacierta, todos tienen buena voluntad. Yo no les indicaré que dejen la política. (...)

»De modo que sí: que los buenos se preocupen de política, si les da la gana».

Minutos más tarde, en esa misma ocasión, resumía: «Eso es lo único que yo puedo deciros, porque vosotros —cada uno— formaréis libremente vuestro pensamiento en las cosas temporales, que no tiene por qué ser igual al de los otros. Muchos pareceres diversos pueden ser soluciones buenas, y nobles, y sacrificadas, y merecen respeto todas. No hay dogmas en la vida terrena: sólo en la religión» [38].

3. *El fin de la vocación cristiana: santidad y apostolado*

La santidad y el apostolado no son algo accesorio en la vocación cristiana, sino precisamente su fin.

Cuando Mons. Escrivá de Balaguer, en 1934, escribe *Consideraciones Espirituales*, las primeras palabras proponen un programa de vida cristiana, santa y apostólica: «Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

»Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. —Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón» [39].

37. *Conversaciones*, n. 29.

38. Citado en S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, pp. 269-270.

39. *Consideraciones Espirituales*, p. 5; *Camino*, n. 1.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El fundamento último de esta unidad que han de formar en la vida del cristiano el afán de santidad y el afán de iluminar a los demás, de encender todos los caminos de la tierra lo veía el Fundador del Opus Dei en la vida de Cristo:

«Cristo nos enseñó, definitivamente, el camino de ese amor a Dios: el apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás. La vida interior supone crecimiento en la unión con Cristo, por el Pan y la Palabra. Y el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior» [40].

Dos aspectos que son inseparables en la vida del cristiano y que Mons. Escrivá de Balaguer había aprendido en la meditación asidua de la vida de oración de Cristo que nos relatan los Evangelios. Así lo recordaba en 1955: «Ya hace muchos años, considerando este modo de proceder de mi Señor, llegué a la conclusión de que el apostolado, cualquiera que sea, es una sobreabundancia de la vida interior» [41].

No se puede vivir la vocación cristiana, quedándose con uno de esos dos aspectos, pues, al separarlos, dejan de ser verdadera vida interior y verdadero apostolado. Este se convertiría en activismo y aquélla en pereza y egoísmo. Del peligro del activismo habló con mucha frecuencia el Fundador del Opus Dei. En *Camino* se leen unas palabras que son descripción viva de la inutilidad de una acción apostólica puramente externa, sin ir acompañada de la vida interior: «¡Galopar, galopar!... ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse... Maravillosos edificios materiales...

»Espiritualmente: tablas de cajón, percalinas, cartones repintados... ¡galopar!, ¡hacer! —Y mucha gente corriendo: ir y venir.

»Es que trabajan con vistas al momento de ahora: "están" siempre "en presente". —Tú... has de ver las cosas con ojos de eternidad, "teniendo en presente" el final y el pasado...

»Quietud. —Paz. —Vida intensa dentro de ti. Sin galopar, sin la locura de cambiar de sitio, desde el lugar que en la vida te corresponde, como una poderosa máquina de electricidad espiritual, ¡a cuántos darás luz y energía!..., sin perder tu vigor y tu luz» [42]. Y, haciéndose eco de una comparación evangélica, dejó escrito en ese mismo libro: «Tú eres sal, alma de apóstol. —*"Bonum est sal"*— la sal es buena, se lee en el Santo Evangelio, *"si autem sal evanuerit"* —pero si la sal se desvirtúa..., nada vale, ni para la tierra, ni para el estiércol; se arroja fuera como inútil.

»Tú eres sal, alma de apóstol. —Pero, si te desvirtúas...» [43].

---

40. *Es Cristo que pasa*, n. 122.

41. *Amigos de Dios*, Ed. Rialp, 2.ª ed., Madrid 1977, n. 239. Ya en 1934 lo escribía en *Consideraciones Espirituales*, p. 98, y lo recogería en el n. 961 de *Camino*.

42. *Consideraciones Espirituales*, p. 79; *Camino*, n. 837.

43. *Camino*, n. 921.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, una auténtica y verdadera vida interior tiene necesariamente que desbordarse en afán apostólico. Concebía la lucha interior como algo ya de por sí apostólico y no como un asunto sólo individual. Así lo decía en 1957: «De este modo, hasta esas facetas que podrían considerarse más privadas e íntimas —la preocupación por el propio mejoramiento interior— no son en realidad personales: puesto que la santificación forma una sola cosa con el apostolado» [44].

El cristiano tiene que santificarse, santificando a los demás. No hay amor de Dios, donde no hay celo por las almas: «Que el fuego de tu Amor no sea un fuego fatuo. —Ilusión, mentira de fuego, que ni prende en llamaradas lo que toca, ni da calor» [45]. No puede el cristiano dedicarse a cultivar una vida interior sin conexión con el afán de acercar a Dios a quienes le rodean, porque es un empeño abocado al fracaso: «No imaginéis que es este afán como una añadidura, para bordear con una filigrana nuestra condición de cristianos. Si la levadura no fermenta, se pudre. Puede desaparecer reavivando la masa, pero puede también desaparecer porque se pierde, en un monumento a la ineficacia y al egoísmo. No prestamos un favor a Dios Nuestro Señor, cuando lo damos a conocer a los demás: *por predicar el Evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado,* por el mandato de Jesucristo; *y desventurado de mí si no lo predicare* (1 Cor IX,16)» [46].

Separar, por tanto, la santidad del apostolado equivaldría a caer o en un falso espiritualismo o en una reducción naturalista de la actividad apostólica. Esta era la enseñanza que el Fundador del Opus Dei hacía considerar el día de Viernes Santo de 1960: «Se dan, a veces, algunas actitudes, que son producto de no saber penetrar en ese misterio de Jesús. Por ejemplo, la mentalidad de quienes ven el cristianismo como un conjunto de prácticas o actos de piedad, sin percibir su relación con las situaciones de la vida corriente, con la urgencia de atender a las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias (...).

Otros —en cambio— tienden a imaginar que, para poder ser humanos, hay que poner en sordina algunos aspectos centrales del dogma cristiano, y actúan como si la vida de oración, el trato continuo con Dios, constituyeran una huida ante las propias responsabilidades y un abandono del mundo. Olvidan que, precisamente Jesús, nos ha dado a conocer hasta qué extremo deben llevarse el amor y el servicio» [47].

44. *Es Cristo que pasa,* n. 145.
45. *Consideraciones Espirituales,* p. 42; *Camino,* n. 412.
46. *Amigos de Dios,* n. 258.
47. *Es Cristo que pasa,* n. 98.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

4. *En medio del mundo*

El Card. Sebastiano Baggio expresaba un rasgo central del espíritu del Opus Dei en un artículo —*Perfil de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*— que publicó en el periódico *Avvenire* de Milán el 26 de julio de 1975: «El modo de concretar, en la práctica, este mensaje se basa en tres novedades características de la espiritualidad del Opus Dei: 1) ante todo, los seglares no deben abandonar ni despreciar el mundo, sino quedarse dentro, amando y compartiendo la vida de sus conciudadanos; 2) quedándose en el mundo, los seglares deben saber descubrir el valor sobrenatural de todas las normales circunstancias de su vida, incluidas las más prosaicas y materiales; 3) en consecuencia, el trabajo cotidiano —es decir, el que ocupa la mayor parte del tiempo y caracteriza la personalidad de la mayoría de las personas— es lo primero que hay que santificar y el primer instrumento de apostolado».

El contenido de ese mensaje lo encontramos en estas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer:

«Para el cristiano, el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria, a su ocupación profesional. ¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el Opus Dei! Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado» [48].

Ahí se encuentran dos elementos que constituyen para el cristiano el ámbito y la ocasión de ejercitar la labor apostólica: la vida diaria y el trabajo ordinario en medio del mundo.

Esto es un rasgo esencial del mensaje espiritual del Opus Dei: la santidad en medio del mundo, vivir santamente la vida ordinaria: «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor la más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...

»Vivir santamente la vida ordinaria, acabo de deciros. Y con esas palabras me refiero a todo el programa de vuestro quehacer cristiano. Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar *mística ojalatera* —¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!...—, y ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor: *mirad mis manos y*

48. *Ibidem*, n. 122.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mis pies, dijo Jesús resucitado: *soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo* (Luc XXIV,39)» [49]. Nos encontramos ante el núcleo del mensaje que Dios ha querido transmitir a través de las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer: la santificación en el trabajo ordinario. El Señor se lo había hecho descubrir en la contemplación del trabajo y del silencio que llenaron los años de la vida oculta de Jesucristo en Nazaret: «Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo. (...) Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que El las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre» [50].

a) *Vivir apostólicamente la vida ordinaria*

A los cristianos corrientes que viven en medio de los afanes del mundo, Dios les quiere precisamente ahí. El Fundador del Opus Dei hablaba en 1967, de esta voluntad de Dios sobre los hombres: «Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina.

»Dios nos llama a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida de familia. Dios nos llama también a través de los grandes problemas, conflictos y tareas que definen cada época histórica, atrayendo esfuerzos e ilusiones de gran parte de la humanidad» [51].

49. *Conversaciones*, n. 116.
50. *Es Cristo que pasa*, n. 20.
51. *Ibidem*, n. 110.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Como antes, al hablar de la mística ojalatera, advierte ahora del peligro de que el cristiano quiera salirse de su sitio. Ya en 1934 Mons. Escrivá de Balaguer había escrito: «¡Que afán hay en el mundo por salirse de su sitio! —¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le pertenece?

»No es otra la razón del malestar del mundo. —Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!» [52].

Un rasgo específico de las enseñanzas del Fundador del Opus Dei sobre la vocación apostólica del cristiano es precisamente que el apostolado no es algo distinto de la vida ordinaria. Quienes se encontraban a su lado en 1945 pudieron escucharle estas claras afirmaciones: «Santificamos a los demás con el ejercicio de nuestra profesión, a través de la ordinaria convivencia con nuestros iguales, de la amistad, de las relaciones profesionales y sociales.

»Esto es lo que causa, en algunos, admiración: porque, hasta ahora, el apostolado se concebía como una acción diferente —distinguida— de las acciones normales de la vida corriente: métodos, organizaciones, propagandas, que se incrustaban en las obligaciones familiares y profesionales del cristiano —en ocasiones, impidiéndole cumplirlas con perfección— y que constituían un mundo aparte, sin fundirse ni entretejerse con el resto de su existencia.

»Nosotros venimos a decir que el cristiano —que vive en el mundo— realiza su apostolado con su vida toda, corriente y ordinaria, cuando mete el fermento de Cristo en los ambientes y estructuras en que se mueve; cuando, con la palabra y el ejemplo —con el testimonio— enciende una luz en el alma de sus amigos, de sus compañeros de profesión y oficio, de sus vecinos; cuando santifica su hogar y no ciega las fuentes de la vida, colaborando generosamente con el Señor, para que haya en la tierra nuevos hijos de Dios».

b) *Apostolado personal*

Aun reconociendo la necesidad de una cierta organización apostólica, Monseñor Escrivá de Balaguer insistía en que lo principal era el apostolado personal. Cuando en 1967 un periodista le preguntó cuáles consideraba los hitos más importantes del desarrollo del Opus Dei, respondía: «Me pregunta usted por hitos. Para mí, es un hito fundamental en la Obra cualquier momento, cualquier instante en el que, a través del Opus Dei, algún alma se acerca a Dios, haciéndose así más hermano de sus hermanos los hombres» [53].

52. *Consideraciones Espirituales*, p. 78; *Camino*, n. 832.
53. *Conversaciones*, n. 32.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Al año siguiente, 1968, otro periodista le preguntaba cuáles eran las labores apostólicas más importantes del Opus Dei. Mons. Escrivá de Balaguer, antes de pasar a exponer algunas de las labores apostólicas corporativas, quiso señalar que éstas no eran las más importantes: «Porque quiero dejar bien claro que el apostolado esencial del Opus Dei es el que desarrolla individualmente cada socio en el propio lugar de trabajo, con su familia, entre sus amigos. Una labor que no llama la atención, que no es fácil traducir en estadísticas, pero que produce frutos de santidad en millares de almas, que van siguiendo a Cristo, callada y eficazmente, en medio de la tarea profesional de todos los días» [54].

Este apostolado personal tiene entraña evangélica: así fue la actuación de los primeros cristianos, como hacía notar en 1972: «siempre que leemos los Hechos de los Apóstoles, nos emocionan la audacia, la confianza en su misión y la sacrificada alegría de los discípulos de Cristo. No piden multitudes. Aunque las multitudes vengan, ellos se dirigen a cada alma en concreto, a cada hombre, uno a uno: Felipe, al etíope (Cfr. Act VIII,26-40); Pedro, al centurión Cornelio (Cfr. Act X,1-48); Pablo, a Sergio Paulo (Cfr. Act XIII,6-12)» [55]. Fue también el apostolado que él mismo practicó siempre y el que enseñó a vivir a los que le escuchaban ya desde los primeros años de su actividad sacerdotal y a todos los que después han oído sus palabras, como lo escribiría en 1934: «Eres, entre los tuyos —alma de apóstol—, la piedra caída en el lago. —Produce, con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho.

»¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?» [56].

c) *Santificar con el trabajo*

Mons. Escrivá de Balaguer hacía considerar, en una homilía de 1954, la figura de Pedro que, «mientras espera, contrito, en la promesa de la Resurrección, ejercita su oficio y va a pescar» [57]. De ahí brotaban estas palabras:

«El apostolado, esa ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo. En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo, que nos espera en la

54. *Ibidem*, n. 71.
55. *Lealtad a la Iglesia*, pp. 38-39.
56. *Consideraciones Espirituales*, p. 78; *Camino*, n. 831.
57. *Amigos de Dios*, n. 264.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

orilla del lago. Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después.

»¿Qué cambia entonces? Cambia que en el alma —porque en ella ha entrado Cristo, como subió a la barca de Pedro— se presentan horizontes más amplios, más ambición de servicio, y un deseo irreprimible de anunciar a todas las criaturas las *magnalia Dei* (Act II,11), las cosas maravillosas que hace el Señor, si le dejamos hacer» [58].

Para poder ejercer ese influjo santificador, el trabajo ha de reunir características muy determinadas. Señalamos, en primer lugar, la perfección humana, que ha de estar unida siempre al espíritu de servicio. Mons. Escrivá de Balaguer lo expresaba con estas palabras: «Al realizar cada uno vuestro trabajo, al ejercer vuestra profesión en la sociedad, podéis y debéis convertir vuestra ocupación en una tarea de servicio. El trabajo bien acabado, que progresa y hace progresar, que tiene en cuenta los adelantos de la cultura y de la técnica, realiza una gran función, útil siempre a la humanidad entera, si nos mueve la generosidad, no el egoísmo, el bien de todos, no el provecho propio: si está lleno de sentido cristiano de la vida» [59]. El espíritu de servicio es lo que convierte al trabajo —sin desnaturalizarlo— en instrumento de apostolado. Esa disposición profunda del alma es propia de quienes procuran informar su vida de sentido cristiano. A todos ellos Mons. Escrivá de Balaguer proponía, en 1963, el ejemplo de la vida de San José: «En Nazaret, José sería uno de los pocos artesanos, si es que no era el único. Carpintero, posiblemente. Pero, como suele suceder en los pueblos pequeños, también sería capaz de hacer otras cosas: poner de nuevo en marcha el molino, que no funcionaba, o arreglar antes del invierno las grietas de un techo. José sacaba de apuros a muchos, sin duda, con un trabajo bien acabado. Era su labor profesional una ocupación orientada hacia el servicio, para hacer agradable la vida a las demás familias de la aldea, y acompañada de una sonrisa, de una palabra amable, de un comentario dicho como de pasada, pero que devuelve la fe y la alegría a quien está a punto de perderlas» [60].

Consecuencia de la perfección humana y también del espíritu de servicio es el prestigio profesional. Para Mons. Escrivá de Balaguer, el prestigio profesional no había de constituir un fin, pero si un medio imprescindible para santificar con el trabajo. Si faltase, de poco serviría el dedicarse a actividades apostólicas o hacer alardes de vida de piedad. Había escrito en *Camino* en 1939: «Cuando bullen, "haciendo cabeza" de manifestaciones exteriores de religiosidad, gentes profesionalmente mal conceptuadas, de seguro que sentís ganas de decirles

58. *Amigos de Dios*, nn. 264-265.
59. *Es Cristo que pasa*, n. 166.
60. *Ibidem*, n. 51.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

al oído: ¡por favor, tengan la bondad de ser menos católicos!» [61]. Y, a continuación, advertía del peligro de una dedicación a tareas apostólicas en detrimento del prestigio profesional: «Si tienes un puesto oficial, tienes también unos derechos, que nacen del ejercicio de ese cargo, y unos deberes.

»—Te apartas de tu camino de apóstol, si, con ocasión —o con excusa— de una obra de celo, dejas incumplidos los deberes del cargo. Porque me perderás el prestigio profesional, que es precisamente tu "anzuelo de pescador de hombres"» [62].

El resultado de santificar a los demás con la profesión, con el trabajo, queda bien reflejado en las palabras que escribía el Fundador del Opus Dei, también en 1939: «"*Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?*" —¿Acaso nuestro corazón no ardía en nosotros cuando nos hablaba en el camino?

»Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida» [63].

II. Instrumentos para corredimir

Todo cuanto hemos escrito, con palabras de Mons. Escrivá de Balaguer, configura lo que es ser cristiano y da razón de cómo se inserta esta vocación apostólica del cristiano en la economía de la Redención. En 1954, lo describía con estos trazos el Fundador del Opus Dei: «La vocación cristiana, esta llamada personal del Señor, nos lleva a identificarnos con El. Pero no hay que olvidar que El ha venido a la tierra para redimir a todo el mundo, porque *quiere que los hombres se salven* (1 Tim II,4). No hay alma que no interese a Cristo. Cada una de ellas le ha costado el precio de su Sangre (Cfr. 1 Pet I,18-19).

»Al considerar estas verdades, vuelve a mi cabeza aquella conversación entre los Apóstoles y el Maestro, momentos antes del milagro de la multiplicación de los panes. Había acompañado a Jesús una gran muchedumbre. Levanta Nuestro Señor los ojos y pregunta a Felipe: *¿dónde compraremos pan, para dar de comer a toda esa gente?* (Ioh VI,5). Felipe contesta, después de un cálculo rápido: *doscientos denarios de pan no bastan, para que cada uno tome un bocado* (Ioh VI,7). No tienen tanto dinero: han de acudir a una solución casera. *Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: aquí*

61. *Camino,* n. 371.
62. *Ibidem,* n. 372.
63. *Ibidem,* n. 917.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

está un muchacho que ha traído cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es esto para tanta gente? (Ioh VI, 8-9)» [64].

Aparecen en este texto los principales elementos que integran la economía de la Redención: la muchedumbre que necesita ser redimida; Dios que contempla esta necesidad y decide dirigirse a los hombres para que le ayuden; la desproporción entre la magnitud de la empresa y los pocos medios con que el hombre cuenta; y, por fin, la decisión divina de utilizar esos instrumentos –los Apóstoles, el muchacho con los cinco panes de cebada y los dos peces– para llevar a cabo lo que ha decidido hacer: remediar la necesidad de la muchedumbre.

1. *Dios quiere necesitar de nosotros*

Lo importante y decisivo es la iniciativa divina: Dios por amor nuestro ha querido que los hombres le ayuden en esta tarea divina de la Redención. Antes que en su doctrina, fue en la vida personal de Mons. Escrivá de Balaguer donde se manifestó esta voluntad divina. En el acto académico que, en memoria de Mons. Escrivá de Balaguer, tuvo lugar en la Universidad de Navarra el día 12 de junio de 1976, decía Don Alvaro del Portillo evocando la vida del Fundador y Primer Gran Canciller de esta Universidad: «La entera biografía de Mons. Escrivá de Balaguer sólo puede explicarse y entenderse en el ámbito de un designio divino que, al atravesar toda su existencia, le configura como instrumento de Dios, escogido precisamente para recordar a la Humanidad lo que en su misma alma Dios fue grabando de modo inequívoco» [65].

a) *Designio divino*

El plan divino de salvación en favor de los hombres tiene como finalidad la glorificación de Dios, que resulta de la santidad de los hombres. Esta es la verdad que fundamenta la vocación cristiana. El año 1951, predicando en el comienzo del año litúrgico, decía Mons. Escrivá de Balaguer al término de su homilía: «Hemos visto la realidad de la vocación cristiana; cómo el Señor ha confiado en nosotros para llevar almas a la santidad, para acercarlas a El, unirlas a la Iglesia, extender el reino de Dios en todos los corazones» [66].

64. *Amigos de Dios*, n. 256.
65. A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios*, p. 19.
66. *Es Cristo que pasa*, n. 11.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El modo concreto que Dios dispuso para llevar a cabo este designio salvador fue la Pasión y la Muerte de su Hijo Unigénito: derramando su Sangre en la Cruz nos posibilita el acceso a la vida divina. En 1964, empleando la imagen de la siembra, Mons. Escrivá de Balaguer presentaba toda la grandeza y profundidad de los planes divinos redentores: «Jesús (...) es el sembrador. Y, por medio de los cristianos, prosigue su siembra divina. Cristo aprieta el trigo en sus manos llagadas, lo empapa con su sangre, lo limpia, lo purifica y lo arroja en el surco, que es el mundo. Echa los granos uno a uno, para que cada cristiano, en su propio ambiente, dé testimonio de la fecundidad de la Muerte y de la Resurrección del Señor.

»Si estamos en las manos de Cristo, debemos impregnarnos de su Sangre redentora, dejarnos lanzar a voleo, aceptar nuestra vida tal y como Dios la quiere» [67].

Aunque Dios podía realizar este designio salvador sin la ayuda del hombre, ha querido, en su Providencia, contar con nosotros para llevarlo a término. Para explicárnoslo hemos de acudir al amor que Dios tiene al hombre. A Dios no le es necesario el hombre, pero por amor quiere necesitar de él: «La alegría del Jueves Santo arranca de ahí: de comprender que el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas. Nuestro Señor Jesucristo, como si aún no fueran suficientes todas las otras pruebas de su misericordia, instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca y —en lo que nos es posible entender— porque, movido por su Amor, quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros» [68]. Dios conoce bien a los hombres y, por eso mismo, sólo su amor explica que haya confiado en nosotros, siendo como somos. El misterio de la Encarnación, ese anonadamiento de Dios, constituye, para Monseñor Escrivá de Balaguer, un obligado punto de referencia para entenderlo:

«Jesucristo *teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por usurpación el ser igual a Dios, y no obstante se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo* (Phil II,6-7). Dios condesciende con nuestra libertad, con nuestra imperfección, con nuestras miserias. Consiente en que los tesoros divinos sean llevados en vasos de barro, en que los demos a conocer mezclando nuestras deficiencias humanas con su fuerza divina» [69].

La elección de los Apóstoles es como un paradigma de ese designio divino.

La vocación divina fue en los Apóstoles compatible con las limitaciones propias de la condición humana. La Sagrada Escritura nos mues-

67. *Ibidem*, n. 157.
68. *Ibidem*, n. 84.
69. *Ibidem*, n. 113.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tra a menudo defectos en los Apóstoles. En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer aparece con claridad cómo la gracia del Señor pasa por encima de estos defectos y convierte a los hombres que llama en instrumentos idóneos:

«Aquellos primeros apóstoles —a los que tengo gran devoción y cariño— eran, según los criterios humanos, poca cosa. En cuanto a posición social, con excepción de Mateo, que seguramente se ganaba bien la vida y que dejó todo cuando Jesús se lo pidió, eran pescadores: vivían al día, bregando de noche, para poder lograr el sustento.

»Pero la posición social es lo de menos. No eran cultos, ni siquiera muy inteligentes, al menos en lo que se refiere a las realidades sobrenaturales (...).

»Pobres, ignorantes. Y ni siquiera sencillos, llanos. Dentro de su limitación, eran ambiciosos. Muchas veces discuten sobre quién sería el mayor, cuando —según su mentalidad— Cristo instaurase en la tierra el reino definitivo de Israel. Discuten y se acaloran durante ese momento sublime, en el que Jesús está a punto de inmolarse por la humanidad: en la intimidad del Cenáculo (Cfr. Lc XXII,24-27). (...) Estos eran los Discípulos elegidos por el Señor; así los escoge Cristo; así aparecían antes de que, llenos del Espíritu Santo, se convirtieran en columnas de la Iglesia (Cfr. Gal II,9). Son hombres corrientes, con defectos, con debilidades, con la palabra más larga que las obras. Y, sin embargo, Jesús los llama para hacer de ellos pescadores de hombres (Mt IV,19), corredentores, administradores de la gracia de Dios» [70].

A este designio divino el cristiano ha de responder queriendo identificarse con lo que Dios le pide, queriendo ser instrumento:

«Mirad que el Señor suspira por conducirnos a pasos maravillosos, divinos y humanos, que se traducen en una abnegación feliz, de alegría con dolor, de olvido de sí mismo. *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* (Mt XVI,24). Un consejo que hemos escuchado todos. Hemos de decidirnos a seguirlo de verdad: que el Señor pueda servirse de nosotros para que, metidos en todas las encrucijadas del mundo —estando nosotros metidos en Dios—, seamos sal, levadura, luz. Tú, en Dios, para iluminar, para dar sabor, para acrecentar, para fermentar» [71].

b) *Instrumentos de Dios*

Comentando una parábola evangélica, Mons. Escrivá de Balaguer la aplicaba, en 1954, a la vocación apostólica del cristiano: «Nosotros

70. *Ibidem*, n. 2. Cfr. *Camino*, nn. 581 y 483.

71. *Amigos de Dios*, n. 250. Años antes, en 1939, reflejó una enseñanza semejante en el número 491 de *Camino*.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

queremos seguir al Señor, y deseamos difundir su Palabra. Humanamente hablando, es lógico que nos preguntemos también: pero, ¿qué somos, para tanta gente? En comparación con el número de habitantes de la tierra, aunque nos contemos por millones, somos pocos. Por eso, nos hemos de ver como una pequeña levadura que está preparada y dispuesta para hacer el bien a la humanidad entera, recordando las palabras del Apóstol: *un poco de levadura fermenta toda la masa* (1 Cor V,6), la transforma. Necesitamos aprender a ser ese fermento, esa levadura, para modificar y transformar la multitud.

»¿Acaso el fermento es naturalmente mejor que la masa? No. Pero la levadura es el medio para que la masa se elabore, convirtiéndose en alimento comestible y sano. (...)

»Si meditamos con sentido espiritual ese texto de San Pablo, entenderemos que no tenemos más remedio que trabajar, al servicio de todas las almas. Otra cosa sería egoísmo. Si miramos nuestra vida con humildad, distinguiremos claramente que el Señor nos ha concedido, además de la gracia de la fe, talentos, cualidades. Ninguno de nosotros es un ejemplar repetido: Nuestro Padre nos ha creado uno a uno, repartiendo entre sus hijos un número diverso de bienes. Hemos de poner esos talentos, esas cualidades, al servicio de todos: utilizar esos dones de Dios como instrumentos para ayudar a descubrir a Cristo» [72].

Es propio de la condición de todo instrumento que la tarea para la que se le emplea supere a las propias capacidades.

Sobre el posible desaliento de quien considerase sólo sus limitaciones, leemos en *Camino*: «Te reconoces miserable. Y lo eres. —A pesar de todo —más aún: por eso— te buscó Dios.

»—Siempre emplea instrumentos desproporcionados: para que se vea que la "obra" es suya.

»—A ti sólo te pide docilidad» [73]. Como en toda su enseñanza también en este punto el Fundador del Opus Dei no hacía más que transmitir lo que había aprendido en su experiencia interior. Recordando la fecha fundacional del Opus Dei —1928— afirmaba con mucha frecuencia: «Tenía yo veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que

72. *Amigos de Dios*, nn. 257-258.

73. *Camino*, n. 475. Cinco años antes, en *Consideraciones Espirituales*, p. 50 (*Camino*, n. 473) había escrito: «Echa lejos de ti esa desesperanza que te produce el conocimiento de tu miseria. —Es verdad: por tu prestigio económico, eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento...

»Pero, a la izquierda de esas negaciones, está Cristo... Y ¡qué cifra inconmensurable resulta!».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso» [74]. No habían pasado tres años desde el nacimiento del Opus Dei, cuando confiaba a aquellos primeros socios de la Obra: «Dios, cuando desea realizar alguna obra, emplea medios desproporcionados, para que se note bien que la obra es suya. Por eso vosotros y yo, que conocemos bien el peso abrumador de nuestra mezquindad, debemos decir al Señor: aunque me vea miserable, no dejo de comprender que soy un instrumento divino en tus manos. No he dudado jamás de que los trabajos que haya hecho a lo largo de mi vida en servicio de la Iglesia Santa, no los he hecho yo: sino el Señor, aunque se haya servido de mí: *no puede el hombre atribuirse nada, si no le es dado del cielo* (Ioh III,27)».

Podría ocurrir que el cristiano, ante esta desproporción, no la entendiera correctamente y se llenara de una aparente humildad, acobardado por la magnitud de la tarea. Mons. Escrivá de Balaguer sale al paso de esa deformación, haciendo ver que ser instrumento es, además de una magnífica posibilidad, una obligación: «Sé instrumento: de oro o de acero, de platino o de hierro..., grande o chico, delicado o tosco...

»—Todos son útiles: cada uno tiene su misión propia. Como en lo material: ¿quién se atreverá a decir que es menos útil el serrucho del carpintero que las pinzas del cirujano?

»—Tu deber es ser instrumento» [75]. El mejor comentario de estas palabras que acabamos de transcribir lo encontramos en la respuesta que, en 1966, daba a la pregunta de un periodista que le había preguntado precisamente por el sentido de este punto de *Camino*: «Pretende ser un libro (*Camino*) que lleva a tratar y amar a Dios y a servir a todos. A ser instrumento, ésa era su pregunta, como el Apóstol Pablo quería serlo de Cristo. Instrumento libre y responsable: los que quieren ver en sus páginas una finalidad temporal, se engañan. No olvide que es corriente, en los autores espirituales de todos los tiempos, ver a las almas como instrumentos en las manos de Dios» [76].

Dios ha querido necesitar de los hombres, «y decir hombre —escribía en 1972— es hablar de la libertad, de la posibilidad de grandezas y de mezquindades, de heroísmos y de claudicaciones» [77]. La libertad es un don precioso que Dios ha dado al hombre, y que respeta delicadamente, siempre, al elegirlo como instrumento: «No destruye el Señor la libertad del hombre: precisamente El nos ha hecho libres. Por

74. Citado en A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios*, p. 34.
75. *Camino*, n. 484.
76. *Conversaciones*, n. 36.
77. *El fin sobrenatural de la Iglesia*, p. 9.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

eso no quiere respuestas forzadas, quiere decisiones que salgan de la intimidad del corazón» [78].

Cuando el hombre ejerce su libertad precisamente para negarse a ser instrumento, para oponerse a los requerimientos divinos, parece que los planes salvíficos y redentores de Dios fracasan. En realidad no es así. El Señor, que es omnipotente e infinitamente bueno, sabe sacar de ese mal un gran bien. Esta enseñanza se grabó en el alma de Mons. Escrivá de Balaguer con ocasión de una conversación con un amigo suyo: «Permitidme narrar un suceso de mi vida personal, ocurrido hace ya muchos años. Un día un amigo de buen corazón, pero que no tenía fe, me dijo, mientras señalaba un mapamundi: *mire, de norte a sur, y de este a oeste. ¿Qué quieres que mire?,* le pregunté. Su respuesta fue: *el fracaso de Cristo. Tantos siglos, procurando meter en la vida de los hombres su doctrina, y vea los resultados.* Me llené, en un primer momento de tristeza: es un gran dolor, en efecto, considerar que son muchos los que aún no conocen al Señor y que, entre los que le conocen, son muchos también los que viven como si no lo conocieran.

»Pero esa sensación duró sólo un instante, para dejar paso al amor y al agradecimiento, porque Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora. No ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. La redención, por El realizada, es suficiente y sobreabundante» [79].

Para ser buenos instrumentos de Dios hay que subordinar la acción propia a la de la causa principal y estar estrechamente unidos a ésta. De esta disponibilidad hablaba Mons. Escrivá de Balaguer el año 1951: «No me gusta hablar de elegidos ni de privilegiados. Pero es Cristo quien habla, quien elige. Es el lenguaje de la Escritura: *elegit nos in ipso ante mundi constitutionem* —dice San Pablo— *ut essemus sancti* (Eph I,4). Nos ha escogido, desde antes de la constitución del mundo, para que seamos santos. Yo sé que esto no te llena de orgullo, ni contribuye a que te consideres superior a los demás hombres. Esa elección, raíz de la llamada, debe ser la base de tu humildad. ¿Se levanta acaso un monumento a los pinceles de un gran pintor? Sirvieron para plasmar obras maestras, pero el mérito es del artista. Nosotros —los cristianos— somos sólo instrumentos del Creador del mundo, del Redentor de todos los hombres» [80].

78. *Es Cristo que pasa*, n. 100.
79. *Ibidem*, n. 129. Cfr. *Ibidem*, n. 113.
80. *Ibidem*, n. 1.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

2. *El cristiano, otro Cristo*

Mons. Escrivá de Balaguer escribía en 1973: «Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus,* sino *ipse Christus:* otros Cristos, ¡el mismo Cristo!» [81]. Esta doctrina de la identificación con Cristo la encontramos en la Sagrada Escritura, de manera particular en S. Pablo.

Sin embargo, con ser tan clara, se corre el riesgo de que se reduzca a una enunciación genérica sin proyección en la conducta diaria del cristiano. En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer encontraremos —en éste como en todos los temas—, junto a la fundamentación doctrinal, la aplicación práctica de esta profunda verdad. En la Navidad de 1963 hacía su oración en un clima de examen a la vez que animaba a quienes le escuchaban a que se hicieran las mismas preguntas delante del Señor: «Ahora, delante de Jesús Niño, podemos continuar nuestro examen personal: ¿estamos decididos a procurar que nuestra vida sirva de modelo y de enseñanza a nuestros hermanos, a nuestros iguales, los hombres? ¿Estamos decididos a ser otros Cristos? No basta decirlo con la boca. Tú —lo pregunto a cada uno de vosotros y me lo pregunto a mí mismo—, tú, que por ser cristiano estás llamado a ser otro Cristo, ¿mereces que se repita de ti que has venido, *facere et docere,* a hacer las cosas como un hijo de Dios, atento a la voluntad de su Padre, para que de esta manera puedas empujar a todas las almas a participar de las cosas buenas, nobles, divinas y humanas de la redención? ¿Estás viviendo la vida de Cristo, en tu vida ordinaria en medio del mundo?» [82]. Esta identificación con Cristo era tema frecuente de la oración del Fundador del Opus Dei y luz que iluminaba las contradicciones que encontró en su vida. Así condensaba, en 1939, su experiencia vivida: «Jesús: por dondequiera que has pasado no quedó un corazón indiferente. —O se te ama o se te odia.

»Cuando un varón-apóstol te sigue, cumpliendo su deber, ¿podrá extrañarme —¡si es otro Cristo!— que levante parecidos murmullos de aversión o de afecto?» [83].

a) *Enviado por Dios a los hombres*

Toda la vida de Cristo sobre la tierra está penetrada de la misión que ha recibido de Dios Padre. Misión de Cristo que se continúa en la Iglesia hasta el fin de los tiempos. El año 1966, decía Mons. Escrivá de

81. *Sacerdote para la eternidad* (Homilía pronunciada el 13-IV-1973) Madrid 1973, p. 10.
82. *Es Cristo que pasa,* n. 21.
83. *Camino,* n. 687.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Balaguer explicando esta característica —el ser enviado— común a Cristo y al cristiano: «Mirad: la Redención, que quedó consumada cuando Jesús murió en la vergüenza y en la gloria de la Cruz, *escándalo para los judíos, necedad para los gentiles* (1 Cor I,23), por voluntad de Dios continuará haciéndose hasta que llegue la hora del Señor. No es compatible vivir según el Corazón de Jesucristo, y no sentirse enviado, como El, *peccatores salvos facere* (1 Tim I,15), para salvar a todos los pecadores, convencidos de que nosotros mismos necesitamos confiar más cada día en la misericordia de Dios. De ahí el deseo vehemente de considerarnos corredentores con Cristo, de salvar con El a todas las almas, porque somos, queremos ser *ipse Christus,* el mismo Jesucristo, y El *se dio a sí mismo en rescate por todos* (1 Tim II,6)» [84]. En realidad, esta misión la recibe el fiel cristiano a través de los Apóstoles como lo exponía el Fundador del Opus Dei en 1954: «*He aquí,* promete el Señor, *que yo enviaré muchos pescadores y pescaré esos peces* (Ier XVI,16). Así nos concreta la gran labor: pescar. Se habla o se escribe a veces sobre el mundo, comparándolo a un mar. Y hay verdad en esa comparación. En la vida humana, como en el mar, existen periodos de calma y de borrasca, de tranquilidad y de vientos fuertes. Con frecuencia, las criaturas están nadando en aguas amargas, en medio de olas grandes; caminan entre tormentas, en una triste carrera, aun cuando parece que tienen alegría, aun cuando producen mucho ruido: son carcajadas que quieren encubrir su desaliento, su disgusto, su vida sin caridad y sin comprensión. Se devoran unos a otros, los hombres como los peces.

»Es tarea de los hijos de Dios lograr que todos los hombres entren —en libertad— dentro de la red divina, para que se amen. Si somos cristianos, hemos de convertirnos en esos pescadores que describe el profeta Jeremías, con una metáfora que empleó también repetidamente Jesucristo: *seguidme, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres* (Mt IV,19), dice a Pedro y a Andrés» [85].

El cristiano corriente, en el lugar en que está, allí se siente enviado, sin perderse en imaginaciones estériles. En 1939, Mons. Escrivá de Balaguer hablaba así a personas que viviendo en medio del mundo sentían a fondo su vocación cristiana: «Quieres ser mártir. —Yo te pondré un martirio al alcance de la mano: ser apóstol y no llamarte apóstol, ser misionero —con misión— y no llamarte misionero, ser hombre de Dios y parecer hombre de mundo: ¡pasar oculto!» [86].

84. *Es Cristo que pasa,* n. 121.
85. *Amigos de Dios,* n. 259.
86. *Camino,* n. 848.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

b) *Corredentor con Cristo*

El ser corredentor le compete a todo cristiano por el solo hecho de haber recibido el sacramento del Bautismo, como decía en su predicación el Fundador del Opus Dei en el día de la Ascensión del Señor del año 1966: «Cada uno de nosotros ha de ser *ipse Christus*. El es el único mediador entre Dios y los hombres (Cfr. 1 Tim II,5); y nosotros nos unimos a El para ofrecer, con El, todas las cosas al Padre. Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura (Cfr. Mt XIII,33) que ha de informar la masa entera (Cfr. 1 Cor V,6) (...).

»La gran misión que recibimos, en el Bautismo, es la corredención. Nos urge la caridad de Cristo (Cfr. 2 Cor V,14), para tomar sobre nuestros hombros una parte de esa tarea divina de rescatar las almas» [87]. La riqueza de contenido de estas palabras es enorme.

Los fundamentos de la condición de corredentor que tiene el cristiano están todos ellos conectados en el Sacramento del Bautismo, que nos identifica con Cristo. Cristo es Hijo y Mediador, ha asumido una naturaleza humana y por un acto de amor nos ha redimido. El cristiano, otro Cristo, ha de participar de todas estas realidades: tiene una vocación de hijo de Dios, ha de ser mediador en Cristo Jesús, valorar a la luz del misterio de la Encarnación las realidades humanas y sentirse urgido por la Caridad de Cristo. De estos fundamentos derivan los dos aspectos —estrechamente unidos— de la corredención: la redención y santificación del mundo y la redención de las almas. El primero puede facilitar la consecución del segundo como un buen camino facilita al caminante llegar a buen término. A su vez el segundo aspecto influye decisivamente en el primero, pues es la acción singular de los hombres que participan de los frutos de la redención la que ha de ir reconduciendo al mundo hasta Dios.

Cristo nos redimió en la Cruz y por eso el cristiano, si quiere ser corredentor ha de decidirse a poner la Cruz en su vida, como señalaba Mons. Escrivá de Balaguer en 1934: «¿La Cruz sobre tu pecho? ... —Bien. Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. —Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol» [88].

87. *Es Cristo que pasa*, n. 120.
88. *Consideraciones Espirituales*, p. 94; *Camino*, n. 929.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Con su mismo afán de corredimir: amor a las almas

«Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón» [89]. Estas palabras, escritas en 1934 y leídas por millones de personas, constituyen un buen resumen de lo que entendía Mons. Escrivá de Balaguer por celo apostólico. Destaquemos sus elementos principales: en primer lugar el «fuego de Cristo»; después la presencia en cada cristiano de ese fuego de Cristo, de ese afán de corredimir «en el corazón»; la obligación de participar en ese afán de corredimir: «enciende»; y, por fin, el ámbito universal de la tarea de corredimir: «todos los caminos de la tierra».

El fuego de Cristo

«En su alma vibraba —recordaba Don Alvaro del Portillo en 1976— de modo imperativo aquel grito de Jesús: *ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur* (Lc XII,49). Este clamor divino —que su incontenible amor de Dios le llevaba a repetir, incluso cantando, con impaciencia santa— llegaría a tener eco en multitud de corazones en todas las latitudes de la tierra» [90]. Este testimonio, tan valioso, tiene su apoyo en las afirmaciones de este hecho que a lo largo de su vida hizo el Fundador del Opus Dei. En 1959, hablando a sus hijos en el Opus Dei, se expresaba de esta manera: «Durante años, me encendía en amor de Dios la consideración del afán de Jesús por incendiar el mundo con su fuego. Y no podía contener dentro de mí aquel hervor que se abría impetuosamente en mi alma y que, expresándose en las palabras mismas del Maestro, salía a gritos de mi boca: *ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?... Ecce ego quia vocasti me* (Lc XII,49; 1 Reg VI,9); he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué quiero sino que arda?... Aquí estoy, porque me has llamado».

No era la primera vez que Mons. Escrivá de Balaguer había comunicado esta oración suya. Este requerimiento divino influyó decisivamente en su vida y, a la vez era acicate por el que se sentía urgido a transmitirlo a los demás: «Aún resuena en el mundo aquel grito divino: "Fuego he venido a traer a la tierra, ¿y qué quiero sino que se encienda?" —Y ya ves: casi todo está apagado...

»¿No te animas a propagar el incendio?» [91]. Estas palabras escritas en 1939 han sido un magnífico instrumento del que se ha servido la gracia divina para encender en muchos corazones el celo por las almas.

89. *Consideraciones Espirituales*, p. 5; *Camino*, n. 1.
90. A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios*, p. 20.
91. *Camino*, n. 801.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Participar de este fuego de Cristo no es otra cosa que dejarse llevar por el afán de redimir que consumía el alma de Jesucristo. En el día de Viernes Santo de 1960, ponía de manifiesto Mons. Escrivá de Balaguer cómo se hallaba presente este fuego en la vida del Señor: «Este fuego, este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre, llena toda la vida de Cristo, desde su mismo nacimiento en Belén. A lo largo de los tres años que con El convivieron los discípulos, le oyen repetir incansablemente que su alimento es hacer la voluntad de Aquel que le envía (Cfr. Ioh IV,34). Hasta que, a media tarde del primer Viernes Santo, se concluyó su inmolación. *Inclinando la cabeza, entregó su espíritu* (Ioh XIX,30)» [92].

Unos años antes, evocando una romería a la Virgen de Sonsoles (Avila), escribía:

«En aquella romería (...), mientras caminábamos hacia la ermita de Sonsoles, pasamos junto a unos campos de trigo. Las mieses brillaban al sol, mecidas por el viento. Vino entonces a mi memoria un texto del Evangelio, unas palabras que el Señor dirigió al grupo de sus discípulos: *¿No decís vosotros: ea, dentro de cuatro meses estaremos ya en la siega? Pues ahora yo os digo: alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse* (Ioh IV,35). Pensé una vez más que el Señor quería meter en nuestros corazones el mismo afán, el mismo fuego que dominaba el suyo» [93].

Es posible, sin embargo, que los hombres permanezcan indiferentes ante este fuego de Cristo. Esta es una de las enseñanzas que Jesucristo quiere que saquemos de la parábola de los obreros que estaban sin hacer nada en medio de la plaza (Cfr. Mt XX,6), o la del que enterró el talento (Cfr. Mt XXV,18).

En el día de su cumpleaños —9 de enero— de 1956, el Fundador del Opus Dei resumía esta enseñanza: «Les sobraba toda la jornada, a aquellos jornaleros que estaban en medio de la plaza; quería matar las horas, el que escondió el talento en el suelo; se va a otra parte, el que debía ocuparse de la viña. Todos coinciden en una insensibilidad, ante la gran tarea que a cada uno de los cristianos ha sido encomendada por el Maestro: la de considerarnos y la de portarnos como instrumentos suyos, para corredimir con El; la de consumir nuestra vida entera, en ese sacrificio gozoso de entregarnos por el bien de las almas» [94].

«Preocupación constante por las almas»

Hemos visto cómo ese afán redentor llenó la vida de Cristo y, también, el deseo ardiente que tenía Jesús de que participáramos de ese

92. *Es Cristo que pasa*, n. 95. Cfr. también *Es Cristo que pasa*, n. 31.
93. *Ibidem*, n. 146.
94. *Amigos de Dios*, n. 49.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

anhelo suyo. Podríamos preguntarnos ahora ¿en qué consiste? En 1939, Mons. Escrivá de Balaguer lo describía así: «El celo es una chifladura divina de apóstol, que te deseo, y tiene estos síntomas: hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer» [95]. Dejando para más adelante el comentario sobre los otros dos, fijémonos ahora en el segundo de esos síntomas.

El comienzo de esta preocupación constante por las almas es darse cuenta de la necesidad de redención que tienen los hombres. Esta es la reacción sobrenatural ante la presencia del mal, sobre todo del verdadero mal que es el pecado. Hablando de uno de los fines de la Santa Misa, el impetratorio, decía en 1973: «El Sacrificio del Calvario es una muestra infinita de la generosidad de Cristo. Nosotros —cada uno— somos siempre muy interesados; pero a Dios Nuestro Señor no le importa que, en la Santa Misa, pongamos delante de El todas nuestras necesidades. ¿Quién no tiene cosas que pedir? Señor, esa enfermedad... Señor, esta tristeza... (...).

»Pero la gran miseria que nos hace sufrir, la gran necesidad a la que queremos poner remedio es el pecado, el alejamiento de Dios, el riesgo de que las almas se pierdan para toda la eternidad. Llevar a los hombres a la gloria eterna en el amor de Dios: esa es nuestra aspiración fundamental al celebrar la Misa, como fue la de Cristo al entregar su vida en el Calvario» [96]. Elemento importante de la preocupación por las almas es la compasión por el estado de abandono en que a veces se encuentran. Es natural que conmueva una persona que sufre penuria económica, una enfermedad o —lo que es más doloroso— una cruel indiferencia por parte de los suyos, pero no es frecuente una reacción parecida ante el estado de miseria espiritual causado por el pecado. Sin embargo, si el cristiano valora las almas como Dios lo hace y esa valoración se hace en él habitual, reaccionará espontáneamente —con una espontaneidad sobrenatural— como lo hacía, en su oración, el Fundador del Opus Dei. Así lo dejó escrito en los años 30: «¡Qué pena dan esas muchedumbres —altas y bajas y de en medio— sin ideal! —Causan la impresión de que no saben que tienen alma: son... manada, rebaño..., piara.

»Jesús: nosotros, con la ayuda de tu Amor Misericordioso, convertiremos la manada en mesnada, el rebaño en ejército..., y de la piara extraeremos, purificados, a quienes ya no quieran ser inmundos» [97].

Quien siente ese celo apostólico, comprende que no sólo las almas necesitan ser redimidas sino que, conscientemente o no, desean serlo.

95. *Camino*, n. 934.

96. *Sacerdote para la eternidad*, pp. 18-19.

97. *Consideraciones Espirituales*, p. 95; *Camino*, n. 914. En el n. 811 de *Camino*, se describe un suceso que pone de manifiesto esa compasión por las almas.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

En 1966, Mons. Escrivá de Balaguer expresaba este convencimiento, al considerar un suceso narrado en los Hechos de los Apóstoles: «No puedo dejar de confiaros algo, que constituye para mí motivo de pena y de estímulo para la acción: pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no barruntan todavía la profundidad de la dicha que nos espera en los cielos, y que van por la tierra como ciegos persiguiendo una alegría de la que ignoran su verdadero nombre, o perdiéndose por caminos que les alejan de la auténtica felicidad. Qué bien se entiende lo que debió sentir el Apóstol Pablo aquella noche en la ciudad de Troade cuando, entre sueños, tuvo una visión: *un varón macedonio se le puso delante, rogándole: pasa a Macedonia y ayúdanos. Acabada la visión, al instante buscaron* —Pablo y Timoteo— *cómo pasar a Macedonia, seguros de que Dios los llamaba para predicar el Evangelio a aquellas gentes* (Act XVI,9-10)» [98].

Cara a la muchedumbre

El cristiano que percibe en su corazón el fuego de Cristo ha de participar de la misma preocupación que aparece en la vida pública del Señor, descrita por el Fundador del Opus Dei, en 1957, con estas palabras: «Hay que abrir los ojos, hay que saber mirar a nuestro alrededor y reconocer esas llamadas que Dios nos dirige a través de quienes nos rodean. No podemos vivir de espaldas a la muchedumbre, encerrados en nuestro pequeño mundo. No fue así como vivió Jesús. Los Evangelios nos hablan muchas veces de su misericordia, de su capacidad de participar en el dolor y en las necesidades de los demás» [99].

Siguiendo el ejemplo de Jesucristo, el cristiano que vive su vocación apostólica se fijará no sólo en los que están a su alrededor sino que extenderá su afán de corredención a todas las almas. Este deseo de ayudar a los demás que ha de informar la vida del cristiano es —sobre todo— un deseo de que todos los hombres lleguen a la vida eterna. Así lo expresaba Mons. Escrivá de Balaguer en *Camino*: «Tú no serás caudillo si en la masa sólo ves el escabel para alcanzar altura. —Tú serás caudillo si tienes ambición de salvar todas las almas.

»No puedes vivir de espaldas a la muchedumbre: es menester que tengas ansias de hacerla feliz» [100].

En la predicación del Fundador del Opus Dei era constante este tema, como lo prueba un texto de 1956 que constituye un buen

98. *Es Cristo que pasa*, n. 163.
99. *Ibidem*, n. 146.
100. *Camino*, n. 32. Cfr. *Consideraciones Espirituales*, p. 75; *Camino*, n. 796.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

comentario del número 32 de *Camino*: «Nos damos cuenta ahora, una vez más, de que éste es el cristianismo. Si el cristiano no ama con obras, ha fracasado como cristiano, que es fracasar también como persona. No puedes pensar en los demás como si fuesen números o escalones, para que tú puedas subir; o masa, para ser exaltada o humillada, adulada o despreciada, según los casos. Piensa en los demás —antes que nada, en los que están a tu lado— como en lo que son: hijos de Dios, con toda la dignidad de ese título maravilloso» [101].

Las almas son de Dios: valen toda la Sangre de Cristo

La conciencia de ser corredentor ha de llevar al apóstol a recordar continuamente que las almas son de Dios. Esta convicción estaba metida en lo hondo del alma de Mons. Escrivá de Balaguer. Comentando la pesca milagrosa narrada por S. Juan en el capítulo XXI de su evangelio, decía en 1954: «*Los demás discípulos vinieron en la barca, tirando de la red llena de peces, pues no estaban lejos de tierra, sino como a unos doscientos codos* (Ioh XXI,8). Enseguida ponen la pesca a los pies del Señor, porque es suya. Para que aprendamos que las almas son de Dios, que nadie en esta tierra puede atribuirse esa propiedad, que el apostolado de la Iglesia —su anuncio y su realidad de salvación— no se basa en el prestigio de unas personas, sino en la gracia divina.

»Jesucristo interroga a Pedro, por tres veces, como si quisiera darle una repetida posibilidad de reparar la triple negación. Pedro ya ha aprendido, escarmentado en su propia miseria: está hondamente convencido de que sobran aquellos temerarios alardes, consciente de su debilidad. Por eso, pone todo en manos de Cristo. *Señor, tú sabes que te amo. Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo* (Ioh XXI,15-17) y ¿qué responde Cristo? *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas* (Ioh XXI,15-17). No las tuyas, no las vuestras: ¡las mías! Porque El ha creado al hombre, El lo ha redimido, El ha comprado cada alma, una a una, al precio —lo repito— de su Sangre» [102]. Las almas son de Dios por un doble título. El primero se fundamenta en lo que la fe nos

101. *Es Cristo que pasa*, n. 36. Diez años más tarde hablaba así el Padre del respeto a las almas: «El cristiano ha de mostrarse siempre dispuesto a convivir con todos, a dar a todos —con su trato— la posibilidad de acercarse a Cristo Jesús. Ha de sacrificarse gustosamente por todos, sin distinciones, sin dividir las almas en departamentos estancos, sin ponerles etiquetas como si fueran mercancías o insectos disecados. No puede el cristiano separarse de los demás, porque su vida sería miserable y egoísta: *debe hacerse todo para todos, para salvarlos a todos* (1 Cor IX,22)». *Ibidem*, n. 124.

102. *Amigos de Dios*, n. 267.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

enseña acerca de la creación inmediata del alma de cada hombre. Toda la riqueza de ser que el alma tiene se la debe a Dios. Por eso Dios es Señor y Dueño no sólo del ser de cada alma sino de todas sus potencias y operaciones. El segundo título es la gracia. Dios toma posesión especial del alma en gracia.

Cuando el hombre peca se sustrae a este segundo dominio divino pero no al primero pues siempre el hombre queda sometido a la potestad divina y obligado a referir todas sus acciones a Dios como fin último. El fin de la redención obrada por Cristo fue restablecer el dominio de Dios sobre las almas basado en la unión de la caridad, borrando el pecado que era el obstáculo a ese dominio. Cristo adquirió ese dominio sobre nosotros pagando el precio de su sangre y de ese modo volvimos a ser de Dios.

De esta doctrina sacaba Mons. Escrivá de Balaguer varias consecuencias. Ya en 1934, fundamentaba la necesidad de la lucha ascética en el valor de las almas: algo por lo que merece la pena luchar: «El mundo, el demonio y la carne son unos aventureros que, aprovechándose de la debilidad del salvaje que llevas dentro, quieren que, a cambio del pobre espejuelo de un placer —que nada vale—, les entregues el oro fino y las perlas y los brillantes y los rubíes empapados en la sangre viva y redentora de tu Dios, que son el precio y el tesoro de tu eternidad» [103].

Otra de las aplicaciones de esta verdad era la obligación de tratar siempre a las almas una a una. Así lo expresaba en 1971: «La gracia de Dios viene en socorro de cada alma; cada criatura requiere una asistencia concreta, personal. ¡No pueden tratarse las almas en masa! (...): porque cada alma es un tesoro maravilloso; cada hombre es único, insustituible. Cada uno vale toda la sangre de Cristo» [104]. Y, ante la pregunta de una madre angustiada por la rebeldía de uno de sus hijos, daba esta respuesta un día de octubre de 1972: «Para darte un consejo apropiado necesitaría más datos. Yo querría hacer un traje a la medida. Amo mucho a las almas. Cada alma vale toda la sangre de Cristo. *Empti enim estis pretio magno,* dice San Pablo (1 Cor VI,20). Estáis comprados —cada uno de nosotros— a un gran precio, el precio de toda la sangre de Jesucristo. Por eso, yo no te puedo dar un específico: quiero hacer una receta especial para cada uno de tus hijos; ni siquiera para todos juntos. Consulta cada caso, y verás que, rezando, las madres podéis tanto en la presencia de Dios. Rezando, sacarás a los hijos adelante y pasará esta pequeña tormenta» [105].

---

103. *Consideraciones Espirituales,* pp. 63-64; *Camino,* n. 708.

104. *Es Cristo que pasa,* n. 80.

105. Citado en S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei,* p. 255.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Para poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas: «Consecratio mundi»

La acción corredentora del cristiano no consiste sólo en la aplicación de los frutos de la Redención a las personas singulares, lo que se denomina *redención subjetiva*, sino que alcanza también a todas las cosas que fueron creadas para el hombre y han de ser redimidas —aplicando la redención obrada por Cristo— también a través de la acción humana.

Este aspecto, tan profundo, se encuentra con mucha frecuencia en la enseñanza del Fundador del Opus Dei. «Desde hace muchísimos años —decía en 1968—, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y he hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata San Juan: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Ioh XII,32). Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» [106].

No es nuestro propósito tratar detalladamente este tema. Querríamos, sin embargo, poner de relieve la relación que establece Mons. Escrivá de Balaguer entre la vida de Cristo que culmina en la Cruz y el cometido de los cristianos de colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Conseguir esta finalidad depende de la actividad libre de los hombres: han de colaborar como corredentores. Toda esta enseñanza la exponía extensamente el Fundador del Opus Dei en la homilía que pronunció el Domingo de Cristo Rey de 1970: «Esto es realizable, no es un sueño inútil. ¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Ioh XII,32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad! (...)

»A esto hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma: lograr que sea realidad el reino de Cristo, que no haya más odios ni más crueldades, que extendamos en la tierra el bálsamo fuerte y pacífico del amor. Pidamos hoy a nuestro Rey que nos haga colaborar humilde y fervorosamente en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está

106. *Conversaciones*, n. 59.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado» [107].

La necesidad de esta corredención se pone de manifiesto al contemplar la presencia del mal en el mundo. Mons. Escrivá de Balaguer lo presentaba así en 1967: «Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana (Cfr. Tertuliano, *Apologeticum*, 17: PL 1,375), no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar.

»Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia, que me impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese *mandamiento nuevo* del amor» [108]. Pero también sale al paso de la tentación de pesimismo ante este hecho. En la homilía que pronunció en la solemnidad de la Ascensión del Señor de 1966 aplicaba la parábola del trigo y la cizaña a la situación del mundo actual, poniendo de relieve, con fuerte realismo, la abundancia de cizaña y haciendo, al mismo tiempo, una llamada al optimismo cristiano. «No tengo vocación de profeta de desgracias. No deseo con mis palabras presentaros un panorama desolador, sin esperanza. No pretendo quejarme de estos tiempos, en los que vivimos por providencia del Señor (...).

»Pero tampoco es lógico negar que parece que el mal ha prosperado. Dentro de todo este campo de Dios, que es la tierra, que es heredad de Cristo, ha brotado cizaña (...).

»El Señor —repito— nos ha dado el mundo por heredad. Y hemos de tener el alma y la inteligencia despiertas; hemos de ser realistas, sin derrotismos. Sólo una conciencia cauterizada, sólo la insensibilidad producida por la rutina, sólo el atolondramiento frívolo pueden permitir que se contemple el mundo sin ver el mal, la ofensa a Dios, el daño en ocasiones irreparable para las almas. Hemos de ser optimistas, pero con un optimismo que nace de la fe en el poder de Dios —Dios no pierde batallas—, con un optimismo que no procede de la satisfacción humana, de una complacencia necia y presuntuosa» [109]. La tarea de corredimir, por tanto, no se limita al ámbito individual sino que va transformando poco a poco las estructuras sociales, como lo señalaba

107. *Es Cristo que pasa*, n. 183.
108. *Ibidem*, n. 111.
109. *Ibidem*, n. 123.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

un poco más adelante, en la misma homilía, el Fundador del Opus Dei: «La tarea apostólica que Cristo ha encomendado a todos sus discípulos produce, por tanto, resultados concretos en el ámbito social. No es admisible pensar que, para ser cristiano, haya que dar la espalda al mundo, ser un derrotista de la naturaleza humana. Todo, hasta el más pequeño de los acontecimientos honestos, encierra un sentido humano y divino. Cristo, perfecto hombre, no ha venido a destruir lo humano, sino a ennoblecerlo, asumiendo nuestra naturaleza humana, menos el pecado: ha venido a compartir todos los afanes del hombre, menos la triste aventura del mal.

»El cristiano ha de encontrarse siempre dispuesto a santificar la sociedad *desde dentro,* estando plenamente en el mundo, pero no siendo del mundo, en lo que tiene —no por característica real, sino por defecto voluntario, por el pecado— de negación de Dios, de oposición a su amable voluntad salvífica» [110].

III. Vida de apóstol

1. *Acción apostólica*

Cristo nos rescató del pecado, y nos hizo posible la vida de la gracia. Pero los frutos de la Redención deben ser aplicados a cada individuo. Para eso ha sido llamado el cristiano, para eso ha sido escogido como instrumento. En la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer aparece con nitidez en qué consiste esa acción apostólica. Con la precisión de una definición, lo expresaba en 1966: «El apostolado cristiano no es un programa político, ni una alternativa cultural: supone la difusión del bien, el contagio del deseo de amar, una siembra concreta de paz y de alegría» [111]. Y en 1961 señalaba: «Permitidme unas palabras sobre algo que está bien unido a mi alma. Desde hace más de treinta años, he dicho y escrito en mil formas diversas que el Opus Dei no busca ninguna finalidad temporal, política; que persigue sólo y exclusivamente difundir, entre multitudes de todas las razas, de todas las condiciones sociales, de todos los países, el conocimiento y la práctica de la doctrina salvadora de Cristo: contribuir a que haya más amor de Dios en la tierra y, por tanto, más paz, más justicia entre los hombres, hijos de un solo Padre» [112]. En los dos

110. *Ibidem,* n. 125.

111. *Ibidem,* n. 124.

112. *Ibidem,* n. 70. De forma sintética había descrito la acción apostólica en un texto de 1934: «¡Caudillos!... viriliza tu voluntad para que Dios te haga caudillo. ¿No ves cómo proceden las malditas sociedades secretas? Nunca han ganado a las masas. —En sus antros forman unos cuantos hombres-demonios que se agitan y revuelven a

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

párrafos que acabamos de recoger destacan los principales rasgos de la acción apostólica: comunicar el bien; sembrar de caridad y de luz el mundo; espíritu universal que ha de animar toda actuación del apóstol.

a) *Visión universal*

Una de las características que ha de tener el cristiano que quiera llevar a cabo una acción auténticamente apostólica es un espíritu amplio. La raíz de esta universalidad la ve el Fundador del Opus Dei en la unión con Dios, como lo decía ya en 1934: «Cuanto más cerca está de Dios el apóstol, se siente más universal: se agranda el corazón para que quepan todos y todo en los deseos de poner el universo a los pies de Jesús» [113]. La primera manifestación práctica es vivir la catolicidad de la Iglesia, como ya lo decía, en 1933, a los socios del Opus Dei: «Cuando el cristiano comprende y vive la catolicidad de la Iglesia, cuando advierte la urgencia de anunciar la nueva de salvación a todas las criaturas, sabe que ha de hacerse *todo para todos, para salvarlos a todos* (1 Cor IX,22).

»Y nuestro deseo apostólico se convierte efectivamente en vida; empieza por lo que tiene a su alcance, por el quehacer ordinario de cada día, y poco a poco extiende en círculos concéntricos su afán de mies: en el seno de la familia, en el lugar de trabajo; en la sociedad civil, en la cátedra de cultura, en la asamblea política, entre todos sus conciudadanos de cualquier condición social que sean; llega hasta las relaciones entre los pueblos, abarca en su amor razas, continentes, civilizaciones diversísimas».

Nada más lejos del espíritu universal que la visión estrecha o exclusivista. El cristiano ha de tener un corazón y una mente católicos que le ayudarán a unir la ambición santa de acercar las almas a Dios con el deseo de que muchos, siguiendo modos apostólicos diversos, trabajen por Cristo. Ese era el espíritu de Mons. Escrivá de Balaguer, como lo expresaba, primero de modo positivo y, después, saliendo al paso de un peligro de celotipia. Ambos textos son del año 1939: «Alégrate, si ves que otros trabajan en buenos apostolados. —Y pide, para ellos, gracia de Dios abundante y correspondencia a esa gracia.

---

las muchedumbres, alocándolas, para hacerlas ir tras ellos, al precipicio de todos los desórdenes... y al infierno. —Ellos llevan una simiente maldecida.

»Si tu quieres..., llevarás la palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si eres generoso..., si correspondes, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo: que *"omnes cum Petro ad Jesum per Mariam"*». *Consideraciones Espirituales*, p. 78-79; *Camino*, n. 833.

113. *Ibidem*, p. 71; *Camino*, n. 764.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

»Después, tú, a tu camino: persuádete de que no tienes otro» [114]. «Es mal espíritu el tuyo si te duele que otros trabajen por Cristo sin contar con tu labor. —Acuérdate de este pasaje de San Marcos: "Maestro: hemos visto a uno que andaba lanzando demonios en tu nombre, que no es de nuestra compañía, y se lo prohibimos. No hay para qué prohibírselo, respondió Jesús, puesto que ninguno que haga milagros en mi nombre, podrá luego hablar mal de mí. Que quien no es contrario vuestro, de vuestro partido es"» [115].

Finalmente, esta visión amplia, universal ha de informar no sólo a las personas singulares sino también a las empresas apostólicas donde trabajan esas personas. «Forma parte esencial del espíritu cristiano no sólo vivir en unión con la Jerarquía ordinaria —Romano Pontífice y Episcopado— sino también sentir la unidad con los demás hermanos en la fe. Desde muy antiguo he pensado que uno de los mayores males de la Iglesia en estos tiempos, es el desconocimiento que muchos católicos tienen de lo que hacen y opinan los católicos de otros países o de otros ámbitos sociales. Es necesario actualizar esa fraternidad, que tan hondamente vivían los primeros cristianos. Así nos sentiremos unidos, amando al mismo tiempo la variedad de las vocaciones personales; y se evitarán no pocos juicios injustos y ofensivos, que determinados pequeños grupos propagan —en nombre del catolicismo—, en contra de sus hermanos en la fe, que obran en realidad rectamente y con sacrificio, atendidas las circunstancias particulares de su país» [116].

Pero quizá la formulación más precisa de esta amplitud de espíritu en la enseñanza del Fundador del Opus Dei, la encontramos dos años antes en una entrevista que concedió a la prensa. Habla en primer lugar de que le molesta la actitud de quien hace profesión de llamarse católico; pasa después a expresar su repugnancia por el clericalismo: repugnancia que procede del amor al sacerdocio y del respeto a la condición del cristiano; y, por fin, sale al paso de una posible interpretación torcida de estas afirmaciones suyas: «no piense que con esto me declaro contra nadie. No existe en nuestra Obra ningún afán exclusivista, sino el deseo de colaborar con todos los que trabajan por Cristo y con todos los que, cristianos o no, hacen de su vida una espléndida realidad de servicio» [117].

b) *Siembra de Caridad*

El bien es de por sí difusivo y por eso la acción apostólica del cristiano puede caracterizarse de la siguiente manera: «Cristo nos enseñó,

114. *Ibidem*, n. 965.
115. *Ibidem*, n. 966.
116. *Conversaciones*, n. 61.
117. *Ibidem*, n. 47.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

definitivamente, el camino de ese amor a Dios: el apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás» [118]. Toda la vida del hombre cristiano se convierte en apostólica, es comunicación de bienes: sus pensamientos, sus palabras y sus obras. El año 1964 lo decía así Mons. Escrivá de Balaguer en la fiesta del *Corpus Christi*: «Porque las manifestaciones externas de amor deben nacer del corazón, y prolongarse con testimonio de conducta cristiana. Si hemos sido renovados con la recepción del Cuerpo del Señor, hemos de manifestarlo con obras. Que nuestros pensamientos sean sinceros: de paz, de entrega, de servicio. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes, eficaces, acertadas: que tengan ese *bonus odor Christi* (2 Cor II,15), el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir» [119]. Queremos subrayar que es en nuestro interior donde ha de comenzar esa siembra, pues la caridad es virtud que debe informar todos nuestros pensamientos, para que luego esté presente en nuestras palabras y acciones.

Con gran fuerza ponía de relieve en 1939 Mons. Escrivá de Balaguer el primer aspecto que hemos señalado: «Has de prestar Amor de Dios y celo por las almas a otros, para que éstos a su vez enciendan a muchos más que están en un tercer plano, y cada uno de estos últimos a sus compañeros de profesión.

»¡Cuántas calorías espirituales necesitas! —Y ¡qué responsabilidad tan grande si te enfrías!, y —no lo quiero pensar— ¡qué crimen tan horroroso si dieras mal ejemplo!» [120]. La acción apostólica caracterizada de este modo es concebida siempre en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer como algo callado, natural, que no llama la atención, como decía en 1934: «¿Brillar como una estrella..., ansia de altura y de lumbre encendida en el cielo?

»Mejor: quemar, como una antorcha, escondido, pegando tu fuego a todo lo que tocas. —Este es tu apostolado: para eso estás en la tierra» [121].

Estas dos características las veía encarnadas el Fundador del Opus Dei en la vida de los primeros cristianos. En un texto de 1970 se refiere de modo inmediato a quienes viven dentro del matrimonio, pero es valedero para todos los cristianos que, estando en medio del mundo, se esfuerzan para que su vida sea apostólica: «Por eso, quizá no puede proponerse a los esposos cristianos mejor modelo que el de las familias

118. *Es Cristo que pasa*, n. 122.
119. *Ibidem*, n. 156.
120. *Camino*, n. 944.
121. *Consideraciones Espirituales*, p. 94; *Camino*, n. 835.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

de los tiempos apostólicos: el centurión Cornelio, que fue dócil a la voluntad de Dios y en cuya casa se consumó la apertura de la Iglesia a los gentiles (Act X,24-28); Aquila y Priscila, que difundieron el cristianismo en Corinto y en Efeso y que colaboraron en el apostolado de San Pablo (Act XVIII,1-26); Tabita, que con su caridad asistió a los necesitados de Joppe (Act IX,36). Y tantos otros hogares de judíos y de gentiles, de griegos y de romanos, en los que prendió la predicación de los primeros discípulos del Señor.

»Familias que vivieron de Cristo y que dieron a conocer a Cristo. Pequeñas comunidades cristianas, que fueron como centros de irradiación del mensaje evangélico. Hogares iguales a los otros hogares de aquellos tiempos, pero animados de un espíritu nuevo, que contagiaba a quienes los conocían y los trataban. Eso fueron los primeros cristianos, y eso hemos de ser los cristianos de hoy: sembradores de paz y de alegría, de la paz y de la alegría que Jesús nos ha traído» [122].

c) *Apostolado de la doctrina*

«El apostolado cristiano —y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales— es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina» [123]. Una gran catequesis: así definía la acción apostólica en 1957 Mons. Escrivá de Balaguer. Toda su vida sobre la tierra —y quizá, especialmente los últimos años— estuvo caracterizada por ese afán de dar doctrina, pues estaba convencido de que el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo es la ignorancia. En 1954, comentando uno de los numerosos pasajes del evangelio en los que se nos presenta Cristo predicando a las muchedumbres, Mons. Escrivá de Balaguer se refería a esta ignorancia religiosa: «Vamos a acompañar a Cristo en esta pesca divina. Jesús está junto al lago de Genesaret y las gentes se agolpan a su alrededor, *ansiosas de escuchar la palabra de Dios* (Lc V,1). ¡Como hoy! ¿No lo veis? Están deseando oír el mensaje de Dios, aunque externamente lo disimulen. Quizá algunos han olvidado la doctrina de Cristo; otros —sin culpa de su parte— no la aprendieron nunca, y piensan en la religión como en algo extraño. Pero, convenceos de una realidad siempre actual: llega siempre un momento en el que el

122. *Es Cristo que pasa*, n. 30.
123. *Ibidem*, n. 149.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

alma no puede más, no le bastan las explicaciones habituales, no le satisfacen las mentiras de los falsos profetas. Y, aunque no lo admitan entonces, esas personas sienten hambre de saciar su inquietud con la enseñanza del Señor» [124]. Cuando, años más tarde, creció la confusión doctrinal en no pocos ambientes, urgía la necesidad de esta acción apostólica encaminada a iluminar con la enseñanza de Cristo tantas inteligencias: «Siempre ha habido ignorancia: pero en estos momentos la ignorancia más brutal en materias de fe y de moral se disfraza, a veces, con altisonantes nombres aparentemente teológicos. Por eso el mandato de Cristo a sus Apóstoles (...) cobra, si cabe, una apremiante actualidad: *id y enseñad a todas las gentes* (Mt XXVIII,19). No podemos desentendernos, no podemos cruzarnos de brazos, no podemos encerrarnos en nosotros mismos. Acudamos a combatir, por Dios, una gran batalla de paz, de serenidad, de doctrina» [125]. Esta labor de dar doctrina se ha de realizar con todos, también con aquellos que, estando bautizados, apenas conocen cuál es la enseñanza de Cristo.

Puede suceder que haya personas que, de buena fe, presenten, como si fuese de Cristo una doctrina que en realidad no lo es. La actuación de un cristiano ha de ser, en este caso, informar mejor a aquella persona, realizando así un espléndido apostolado. «Ahora viene a propósito —decía en 1954— traer a nuestra memoria la consideración de un episodio, que pone de manifiesto aquel estupendo vigor apostólico de los primeros cristianos. No había pasado un cuarto de siglo desde que Jesús había subido a los cielos, y ya en muchas ciudades y poblados se propagaba su fama. A Efeso, llega un hombre llamado Apolo, *varón elocuente y versado en las Escrituras. Estaba instruido en el camino del Señor, predicaba con fervoroso espíritu y enseñaba exactamente todo lo perteneciente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan* (Act XVIII, 24-25).

»En la mente de ese hombre ya se había insinuado la luz de Cristo: había oído hablar de El, y lo anuncia a los otros. Pero aún le quedaba un poco de camino, para informarse más, alcanzar del todo la fe, y amar de veras al Señor. Escucha su conversación un matrimonio, Aquila y Priscila, los dos cristianos, y no permanecen inactivos e indiferentes. No se les ocurre pensar: éste ya sabe bastante, nadie nos llama a darle lecciones. Como eran almas con auténtica preocupación apostólica, se acercaron a Apolo, *se lo llevaron consigo y le instruyeron más a fondo en la doctrina del Señor* (Act XVIII,26)» [126].

En cualquier caso, el modo de llevar a cabo esta misión de dar

124. *Amigos de Dios*, n. 260.
125. *El fin sobrenatural de la Iglesia*, p. 23.
126. *Amigos de Dios*, n. 269.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

doctrina ha de estar precedida por el amor a las almas que llevará al cristiano que se sabe apóstol a hablar, acomodándose a cada persona y a cada circunstancia, para poner la doctrina al alcance de todos con *don de lenguas*, como decía Mons. Escrivá de Balaguer, que en la Solemnidad de Pentecostés de 1969 afirmaba: «Cada generación de cristianos ha de redimir, ha de santificar su propio tiempo: para eso, necesita comprender y compartir las ansias de los otros hombres, sus iguales, a fin de darles a conocer, con *don de lenguas* cómo deben corresponder a la acción del Espíritu Santo, a la efusión permanente de las riquezas del Corazón divino. A nosotros, los cristianos, nos corresponde anunciar en estos días, a ese mundo del que somos y en el que vivimos, el mensaje antiguo y nuevo del Evangelio (...).

»A todos esos hombres y a todas esas mujeres, estén donde estén, en sus momentos de exaltación o en sus crisis y derrotas, les hemos de hacer llegar el anuncio solemne y tajante de San Pedro, durante los días que siguieron a la Pentecostés: Jesús es la piedra angular, el Redentor, el todo de nuestra vida, porque fuera de El *no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos ser salvos* (Act IV,12)» [127].

d) *Apostolado «ad fidem»*

Este apostolado se encuentra en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer desde el comienzo: «En cuanto a la libertad religiosa, el Opus Dei, desde que se fundó, no ha hecho nunca discriminaciones: trabaja y convive con todos, porque ve en cada persona un alma a la que hay que respetar y amar. No son sólo palabras; nuestra Obra es la primera organización católica que, con la autorización de la Santa Sede, admite como Cooperadores a los no católicos, cristianos o no. He defendido siempre la libertad de las conciencias. No comprendo la violencia: no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad. Comprenderá que siendo ése el espíritu que desde el primer momento hemos vivido, sólo alegría pueden producirme las enseñanzas que sobre este tema ha promulgado el Concilio» [128]. Entre las características que debe reunir el apostolado *ad fidem* destaquemos el respeto a las personas, la firmeza en la doctrina y la defensa de la libertad de las conciencias. Así lo expresa Mons. Escrivá de Balaguer en dos textos; de 1970 el primero, y de 1956 el segundo:

«Hemos de comprender a todos, hemos de convivir con todos, hemos de disculpar a todos, hemos de perdonar a todos. No diremos

127. *Es Cristo que pasa*, n. 132.
128. *Conversaciones*, n. 44.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que lo injusto es justo, que la ofensa a Dios no es ofensa a Dios, que lo malo es bueno. Pero, ante el mal, no contestaremos con otro mal, sino con la doctrina clara y con la acción buena: ahogando el mal en abundancia de bien (Cfr. Rom XII,21). Así Cristo reinará en nuestra alma, y en las almas de los que nos rodean» [129]. «Yo defiendo con todas mis fuerzas la *libertad de las conciencias* (León XIII, Enc. *Libertas praestantissimum,* ASS 20 (1888) p. 606), que denota que a nadie le es lícito impedir que la criatura tribute culto a Dios. Hay que respetar las legítimas ansias de verdad: el hombre tiene obligación grave de buscar al Señor, de conocerle y de adorarle, pero nadie en la tierra debe permitirse imponer al prójimo la práctica de una fe de la que carece; lo mismo que nadie puede arrogarse el derecho de hacer daño al que la ha recibido de Dios» [130].

e) *Apostolado «ad fidem plenam»: Ecumenismo*

En 1967 el Fundador del Opus Dei explicaba con detalle cuál era su enseñanza sobre esta actuación apostólica: «*¿Cómo se inserta el Opus Dei en el Ecumenismo?,* me pregunta usted también. Ya le conté el año pasado a un periodista francés —y sé que la anécdota ha encontrado eco, incluso en publicaciones de hermanos nuestros separados— lo que una vez comenté al Santo Padre Juan XXIII, movido por el encanto afable y paterno de su trato: 'Padre Santo, en nuestra Obra siempre han encontrado todos los hombres, católicos o no, un lugar amable: no he aprendido el ecumenismo de Vuestra Santidad'. El se rió emocionado, porque sabía que, ya desde 1950, la Santa Sede había autorizado al Opus Dei a recibir como asociados Cooperadores a los no católicos y aun a los no cristianos.

»Son muchos, efectivamente —y no faltan entre ellos pastores y aun obispos de sus respectivas confesiones—, los hermanos separados que se sienten atraídos por el espíritu del Opus Dei y colaboran en nuestros apostolados» [131].

La norma de conducta para vivir un recto ecumenismo es saber conjugar, en la actuación personal, las exigencias de la fe y las de la caridad. Queda bien reflejado en aquel número de *Camino* escrito en 1939: «La caridad de Jesucristo te llevará a muchas concesiones... nobilísimas. —Y la caridad de Jesucristo te llevará a muchas intransigencias..., nobilísimas también» [132].

129. *Es Cristo que pasa,* n. 182.
130. *Amigos de Dios,* n. 32.
131. *Conversaciones,* n. 22.
132. *Camino,* n. 369.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Cuando falta esa firmeza en la fe —santa intransigencia—, se vive un falso ecumenismo contra el que prevenía Mons. Escrivá de Balaguer en 1972: «Debemos ser ecuménicos, se oye repetir. Sea. Sin embargo, me temo que, detrás de algunas iniciativas autodenominadas ecuménicas, se cele un fraude; pues son actividades que no conducen al amor de Cristo, a la verdadera vid. Por eso carecen de fruto. Yo pido al Señor cada día que agrande mi corazón, para que siga convirtiendo en sobrenatural este amor que ha puesto en mi alma hacia todos los hombres, sin distinción de raza, de pueblo, de condiciones culturales o de fortuna. Estimo sinceramente a todos, católicos y no católicos, a los que creen en algo y a los que no creen, que me causan tristeza. Pero Cristo fundó una sola Iglesia, tiene una sola Esposa» [133]. Afirmaciones de este tenor no estaban motivadas solamente por la confusión doctrinal de estos años. Fue constante en su enseñanza la afirmación de que cuando el católico sabe vivir de fe y ejercitar a diario la caridad con aquellos que no tienen la plenitud de la fe, sólo entonces es cuando se vive el auténtico ecumenismo.

2. *Medios*

Para llevar a cabo la acción apostólica que Dios pide al cristiano, éste ha de emplear los medios convenientes a la naturaleza del fin que han de alcanzar. Antes de entrar a detallar cuáles son, interesa destacar la necesidad de estos medios: no basta tener claro el fin, sino que hay que poner los medios; no basta con saberse llamado por Dios para realizar esta labor, sino que hay que aplicarse a la acción. Esto era lo que decía Mons. Escrivá de Balaguer en 1964: «Jesús nos quiere despiertos, para que nos convenzamos de la grandeza de su poder, y para que oigamos nuevamente su promesa: *venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum* (Mc I,17), si me seguís, os haré pescadores de hombres; seréis eficaces, y atraeréis las almas hacia Dios. Debemos confiar, por tanto, en esas palabras del Señor: meterse en la barca, empuñar los remos, izar las velas, y lanzarse a ese mar del mundo que Cristo nos entrega como heredad» [134].

En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer son constantes las afirmaciones sobre la necesidad de utilizar, para la acción apostólica, todos los medios: los sobrenaturales y también los medios humanos.

133. *Lealtad a la Iglesia*, p. 24.
134. *Es Cristo que pasa*, n. 159.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a) *Oración y sacrificio*

«Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción» [135]. Cuando en 1934, Mons. Escrivá de Balaguer escribía estas palabras, no hacía más que resumir cuál había sido su modo de actuar hasta entonces para cumplir en su vida lo que Dios le pedía.

No es nuestro propósito dar cuenta detallada de la incesante oración y la continua penitencia del Padre. Querríamos, sin embargo, dejar constancia del afán con que Mons. Escrivá de Balaguer buscaba estos tesoros de la oración y el sacrificio propio y ajeno. Contemplando el ejemplo de S. Pablo en su predicación incesante, se preguntaba el Fundador del Opus Dei en 1954: «¿De dónde sacaba San Pablo esta fuerza? *Omnia possum in eo qui me confortat!* (Phil IV,13), todo lo puedo, porque sólo Dios me da esta fe, esta esperanza, esta caridad. Me resulta muy difícil creer en la eficacia sobrenatural de un apostolado que no esté apoyado, centrado sólidamente, en una vida de continuo trato con el Señor. En medio del trabajo, sí; en plena casa, o en mitad de la calle, con todos los problemas que cada día surgen, unos más importantes que otros. Allí, no fuera de allí, pero con el corazón en Dios. Y entonces nuestras palabras, nuestras acciones —¡hasta nuestras miserias!— desprenderán ese *bonus odor Christi* (2 Cor II,15), el buen olor de Cristo, que los demás hombres necesariamente advertirán: he aquí un cristiano» [136].

La oración da tono sobrenatural a las acciones del cristiano, porque le identifica con Cristo, que es el mismo Dios. La oración enciende el afán de almas —*et in meditatione mea exardescit ignis* (Ps 38,4)— y afianza la fe en la eficacia del mandato de Cristo —*docete omnes gentes...* (Mt 28,19)—, del cual El mismo se hizo fiador: *ecce ego vobiscum sum omnibus diebus* (Mt 28,20). La oración es omnipotente, porque se une a la plegaria de Cristo: «todo lo que pidiereis en mi nombre creed que os será concedido...» (Ioh 14,13). Por eso, el Fundador del Opus Dei fiaba todo a la oración, que utilizaba como el primer medio y el más importante para la acción apostólica. Por eso escribía: «Jesucristo ha vinculado, de manera ordinaria, a la vida interior la eficacia de nuestra acción para arrastrar (hacia Dios) a los que nos rodean» [137].

Junto a la oración, Mons. Escrivá de Balaguer acudió al sacrificio como medio apostólico indispensable. «La acción nada vale sin la oración: la oración se avalora con el sacrificio», escribió en *Camino* [138]. Y

135. *Consideraciones Espirituales*, p. 14; *Camino*, n. 82.
136. *Amigos de Dios*, n. 271.
137. *Ibidem*, n. 5.
138. *Camino*, n. 81.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

así lo vivió el Fundador de la Obra desde el comienzo de su actividad, pidiendo oraciones y sacrificios para su labor a todos los que se le acercaban.

«Pasó el tiempo —recordaba el 19 de marzo de 1975—. Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios (...). Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si se pueden llamar casas a aquellos tugurios... Eran gente desamparada y enferma; algunos, con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis.

»De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios, en todos esos sitios. Mientras tanto, trabajaba y formaba a los primeros que tenía alrededor. Había una representación de casi todo: había universitarios, obreros, pequeños empresarios, artistas...» [139].

El dolor, el sufrimiento no es sólo una indispensable preparación para el apostolado, sino que es ya en sí mismo —si se sufre por el Señor— una formidable labor apostólica. Es una ley que Jesucristo ha establecido. El murió en la Cruz para acercarnos a Dios y, antes, había hablado del grano que debe de morir para dar fruto. La meditación de estas palabras del Señor llevaron al Fundador del Opus Dei a escribir en 1939: «Si el grano de trigo no muere queda infecundo. —¿No quieres ser grano de trigo, morir por la mortificación, y dar espigas bien granadas? —¡Que Jesús bendiga tu trigal!» [140]. Y muchos años más tarde, en 1964, hablando de la necesidad del sacrificio decía: «Sólo reproduciendo en nosotros esa Vida de Cristo, podremos trasmitirla a los demás; sólo experimentando la muerte del grano de trigo, podremos trabajar en las entrañas de la tierra, transformarla desde dentro, hacerla fecunda» [141]. Llevar a cabo la tarea apostólica, la perfecta ejecución del apostolado, exige renuncias por ser una labor de corredención. Por eso no es de extrañar que el cristiano que no esté dispuesto a esa renuncia, no quiera saber nada de esas exigencias apostólicas, aunque tenga buenas cualidades y viva algunos aspectos del espíritu cristiano: «Me dices, de ese amigo tuyo, que frecuenta sacramentos, que es de vida limpia y buen estudiante. —Pero que no "encaja": si le hablas de sacrificio y apostolado, se entristece y se te va.

»No te preocupe. —No es un fracaso de tu celo: es, a la letra, la escena que narra el Evangelista: "si quieres ser perfecto, anda y vende

139. Citado en S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, pp. 167-168.

140. *Camino*, n. 199.

141. *Es Cristo que pasa*, n. 158.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cuanto tienes, y dáselo a los pobres" (sacrificio)... "y ven después y sígueme" (apostolado).

»El adolescente "abiit tristis" –se retiró también entristecido: no quiso corresponder a la gracia» [142].

b) *Apostolado del ejemplo*

«Con el buen ejemplo se siembra buena semilla; y la caridad obliga a sembrar a todos» [143]. Así escribía el Fundador del Opus Dei en 1934. En su enseñanza la conducta cristiana ocupa un puesto principal en la labor apostólica. En 1954, después de exponer el panorama de la vocación apostólica del cristiano, se preguntaba: «¿Y cómo cumpliremos ese apostolado? Antes que nada, con el ejemplo, viviendo de acuerdo con la Voluntad del Padre, como Jesucristo, con su vida y sus enseñanzas, nos ha revelado. Verdadera fe es aquella que no permite que las acciones contradigan lo que se afirma con las palabras. Examinando nuestra conducta personal, debemos medir la autenticidad de nuestra fe. No somos sinceramente creyentes, si no nos esforzamos por realizar con nuestras acciones lo que confesamos con los labios» [144]. La *unidad de vida* exige que la actuación cristiana responda a la fe. Pero lo más importante es, sin duda, que a través del ejemplo del cristiano se da a conocer al Señor: «No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo (Cfr. Rom XIII,14). Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo» [145]. El contenido del apostolado del ejemplo viene determinado por el ejercicio diario de las virtudes sobrenaturales y humanas, como explicaba a un periodista el Fundador del Opus Dei en 1968: «Viviendo la caridad –el Amor– se viven todas las virtudes humanas y sobrenaturales del cristiano, que forman una unidad y que no se pueden reducir a enumeraciones exhaustivas. La caridad exige que se viva la justicia, la solidaridad, la responsabilidad familiar y social, la pobreza, la alegría, la castidad, la amistad...

»Se ve en seguida que la práctica de estas virtudes lleva al apostolado. Es más: es ya apostolado. Porque, al procurar vivir así en medio del trabajo diario, la conducta cristiana se hace buen ejemplo,

142. *Camino*, n. 807.
143. *Consideraciones Espirituales*, p. 75; *Camino*, n. 795.
144. *Amigos de Dios*, n. 268.
145. *Ibidem*, n. 299.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

testimonio, ayuda concreta y eficaz; se aprende a seguir las huellas de Cristo que *coepit facere et docere* (Act I,1), que empezó a hacer y a enseñar, uniendo al ejemplo la palabra. Por eso he llamado a este trabajo, desde hace cuarenta años, *apostolado de amistad y de confidencia*» [146].

Si faltase esta conducta cristiana las palabras producirían en las almas más mal que bien, como ya lo advertía en 1934: «Muchos falsos apóstoles, a pesar de ellos, hacen bien a la masa, al pueblo, por la virtud misma de la doctrina de Jesús que predican, aunque no la practiquen.

»Pero no se compensa, con este bien, el mal enorme y efectivo que producen matando almas de caudillos, de apóstoles, que se apartan, asqueadas, de quienes no hacen lo que enseñan a los demás.

»Por eso, si no quieren llevar una vida íntegra, no deben ponerse jamás en primera fila, como jefes de grupo, ni ellos, ni ellas» [147].

c) *Diálogo apostólico: apostolado de amistad y confidencia*

El empleo de la palabra para acercar las almas a Dios puede hacerse o hablando a grandes multitudes o en un diálogo personal. En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer —sin excluir el primero de los procedimientos señalados— ocupa este último el puesto más importante en la vida de un cristiano. Así lo expresaba en 1939: «De acuerdo: mejor labor haces con esa conversación familiar o con aquella confidencia aislada que perorando —¡espectáculo, espectáculo!— en sitio público ante millares de personas.

»Sin embargo, cuando hay que perorar, perora» [148].

Este diálogo apostólico fue el que practicaron desde los comienzos los Apóstoles y los primeros cristianos. La comparación del modo de actuar del cristiano corriente en su tarea apostólica con el de los primeros cristianos no era nueva en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer. En 1939 había escrito: «Me parece tan bien tu devoción por los primeros cristianos, que haré lo posible por fomentarla, para que ejercites —como ellos—, cada día con más entusiasmo, ese Apostolado eficaz de discreción y de confidencia» [149]. Este modo apostólico de actuación —apostolado de amistad y de confidencia— aparece continuamente en la vida y en la doctrina del Fundador del Opus Dei. Como relata Salvador Bernal, hay testimonios de la vibración apostó-

146. *Conversaciones*, n. 62.
147. *Consideraciones Espirituales*, pp. 41-42; *Camino*, n. 411.
148. *Ibidem*, n. 846.
149. *Ibidem*, n. 971.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

lica y del apostolado de amistad de Mons. Escrivá de Balaguer: «"Era un hombre de Dios, que arrastraba hacia El a las personas que trataba. He pensado muchas veces, más tarde, que el Padre hacía un verdadero apostolado de amistad, ya que en cuanto uno le trataba se hacía amigo de él para toda la vida". (...)

»Mons. Escrivá de Balaguer sabía esperar, sabía no forzar las cosas. En concreto, nunca abusó de la amistad, transformándola en mero instrumento de apostolado. (...)

»Practicó, pues, con toda normalidad, eso tan específico del Opus Dei, que describió en *Camino* como *apostolado de amistad y confidencia*. Un socio de la Obra, persona igual a las demás, no hace cosas *raras* ni para encontrar a Dios ni para llevar a otros hasta Dios. Se limita a trabajar, a cumplir sus obligaciones profesionales, a ser amigo de sus amigos, a vivir la máxima ejemplaridad posible en la vida de familia; en una palabra, se dedica —sin cambiar de sitio ni de estado— a las mismas actividades humanas y tareas civiles que desempeñaría de no ser socio del Opus Dei. Es lo que hacía su Fundador antes del 2 de octubre de 1928 y lo que siguió haciendo después, a la luz de su nueva vocación» [150].

La amistad es la base y el clima donde surgirá espontánea la conversación íntima, como lo describía Mons. Escrivá de Balaguer en 1957: «Actuando así daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y con los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: ¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad?, ¿quién os enseña a vivir la comprensión, la limpia convivencia y la entrega, el servicio a los demás?

»Es entonces el momento de descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: de hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María. El momento de procurar transmitir, a través de las pobres palabras nuestras, esa locura del amor de Dios que la gracia ha derramado en nuestros corazones» [151]. El contenido de este modo apostólico lo pormenorizaba así en 1939: «Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es "apostolado de la confidencia"» [152].

150. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, pp. 144-146.

151. *Es Cristo que pasa*, n. 148.

152. *Camino*, n. 973.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

d) *Audacia para hablar de Dios*

Entre todas las virtudes humanas necesarias para cumplir la tarea apostólica, el cristiano necesita de modo especial la audacia. El año 1954, Mons. Escrivá de Balaguer invitaba a sus oyentes a contemplarla hecha vida en la conducta de San Pablo: «Admirad también el comportamiento de San Pablo. Prisionero por divulgar el enseñamiento de Cristo, no desaprovecha ninguna ocasión para difundir el Evangelio (...). El Apóstol no calla, no oculta su fe, ni su propaganda apostólica que había motivado el odio de sus perseguidores: sigue anunciando la salvación a todas las gentes. Y, con una audacia maravillosa, se encara con Agripa: *¿crees tú en los profetas? Yo sé que crees en ellos* (Act XXVI,27). Cuando Agripa comenta: *poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano, contestó Pablo: pluguiera a Dios, como deseo, que no solamente faltara poco, sino que no faltara nada, para que tú y todos cuantos me oyen llegaseis a ser hoy tales cual soy yo, salvo estas cadenas* (Act XXVI, 28-29)» [153].

Para vivir esta audacia hay que meterse en la vida de los demás. De la misma homilía que acabamos de citar son estas otras palabras: «Si admitieras la tentación de preguntarte, ¿quién me manda a mí meterme en esto?, habría de contestarte: te lo manda –te lo pide– el mismo Cristo. *La mies es mucha, y los obreros son pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies* (Mt IX,37-38). No concluyas cómodamente: yo para esto no sirvo, para esto ya hay otros; esas tareas me resultan extrañas. No, para esto, no hay otros; si tú pudieras decir eso, todos podrían decir lo mismo. El ruego de Cristo se dirige a todos y a cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud, ni de ocupación. No existen excusas de ningún género. O producimos frutos de apostolado, o nuestra fe será estéril» [154]. El fundamento de este derecho a meterse en la vida de los demás procede del modo de actuar de Cristo: «¿Y será lícito meterse de ese modo en la vida de los demás? Es necesario. Cristo se ha metido en nuestra vida sin pedirnos permiso. Así actuó también con los primeros discípulos: *pasando por la ribera del mar de Galilea vio a Simón y a su hermano Andrés, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Y les dijo Jesús: seguidme, y haré que vengáis a ser pescadores de hombres* (Mc I,16-17)» [155].

Una de las primeras manifestaciones de la audacia apostólica es saber exigir venciendo el falso respeto a la intimidad ajena:

«Hay un obstáculo real para el apostolado: el falso respeto, el temor a tocar temas espirituales, porque se sospecha que una conversa-

153. *Amigos de Dios*, n. 270.
154. *Ibidem*, n. 272.
155. *Es Cristo que pasa*, n. 175.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ción así no caerá bien en determinados ambientes, porque existe el riesgo de herir susceptibilidades. ¡Cuántas veces ese razonamiento es la máscara del egoísmo! No se trata de herir a nadie, sino de todo lo contrario: de servir. Aunque seamos personalmente indignos, la gracia de Dios nos convierte en instrumentos para ser útiles a los demás, comunicándoles la buena nueva de que *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tim II,4)» [156].

De esta actitud, Mons. Escrivá de Balaguer nos ofrece el ejemplo de Cristo, en la homilía del día de Resurrección: «Por eso, el trato de Jesús no es un trato que se quede en meras palabras o en actitudes superficiales. Jesús toma en serio al hombre, y quiere darle a conocer el sentido divino de su vida. Jesús sabe exigir, colocar a cada uno frente a sus deberes, sacar a quienes le escuchan de la comodidad y del conformismo, para llevarles a conocer al Dios tres veces Santo» [157]. Y en la homilía pronunciada el día de Viernes Santo de 1960 afirmaba: «Si interesa mi testimonio personal, puedo decir que he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana» [158].

e) *La ayuda de la Santísima Virgen, de San José y de los Angeles Custodios*

María, Corredentora

«Con razón los Romanos Pontífices han llamado a María Corredentora: *de tal modo, juntamente con su Hijo paciente y muriente, padeció y casi murió; y de tal modo, por la salvación de los hombres, abdicó de los derechos maternos sobre su Hijo, y le inmoló, en cuanto de Ella dependía, para aplacar la justicia de Dios, que puede con razón decirse que Ella redimió al género humano juntamente con Cristo* (Benedicto XV, Carta *Inter sodalicia,* 22-III-1918; AAS 10 (1918) 182). Así entendemos mejor aquel momento de la Pasión de Nuestro Señor, que nunca nos cansaremos de meditar: *stabat autem iuxta crucem Jesu mater eius* (Ioh XIX,25), estaba junto a la cruz de Jesús su Madre» [159]. En estas palabras, pronunciadas en 1964, queda

156. *Ibidem.*
157. *Es Cristo que pasa,* n. 109.
158. *Ibidem,* n. 99.
159. *Amigos de Dios,* n. 287.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

expuesta la razón más profunda de la intervención de Santa María en la labor apostólica del cristiano. Nuestra Señora es quien ha realizado de modo eminente ese oficio de corredención en que consiste el apostolado.

Entre los múltiples aspectos del oficio de corredentora que en la labor apostólica desempeña la que es *Regina Apostolorum,* podemos destacar dos: En primer lugar, María es ejemplo que el apóstol ha de seguir si quiere ser corredentor. Por eso ha de imitar a Nuestra Señora y sentirse hijo suyo. Lo exponía en 1957 Mons. Escrivá de Balaguer: «Cuando somos de verdad hijos de María comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia. Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, las equivocaciones, la soledad, la angustia, el dolor de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarles en sus necesidades, y de hablarles de Dios para que sepan tratarle como hijos y puedan conocer las delicadezas maternales de María» [160].

Además, María es Mediadora de todas las gracias y a Ella hemos de acudir a fin de alcanzar la luz de la fe para los que carecen de ella, la plenitud de la fe para quienes aún no han llegado a la perfecta unidad de la única Iglesia de Cristo, y la decisión de vivir plenamente su vocación cristiana para quienes –teniendo la fe íntegra– no saben traducirla en su conducta. De esto hablaba el Fundador del Opus Dei al comienzo del mes de mayo de 1957: «Sed audaces. Contáis con la ayuda de María, *Regina apostolorum*. Y Nuestra Señora, sin dejar de comportarse como Madre, sabe colocar a sus hijos delante de sus precisas responsabilidades. (...)

»Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva. Y así el *haced lo que El os dirá* se ha convertido en realidades de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal» [161].

El apóstol no sólo ha de pedir por los demás sino también por sí mismo para poder cumplir la voluntad de Dios. Así aconsejaba al final de la homilía –repetidamente citada– pronunciada en 1954: «Pídele a María, *Regina apostolorum,* que te decidas a ser partícipe de esos deseos *de siembra y de pesca,* que laten en el Corazón de su Hijo. Te aseguro que, si empiezas, verás, como los pescadores de Galilea, repleta la barca. Y a Cristo en la orilla, que te espera. Porque la pesca es suya» [162].

160. *Es Cristo que pasa,* n. 146.
161. *Ibidem,* n. 149.
162. *Amigos de Dios,* n. 273.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La intervención de San José

En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer, también se habla de la corredención que San José llevó a cabo en su vida. Meditando la vida del Santo Patriarca, y el modo como vivió San José las virtudes teologales, decía el Fundador del Opus Dei en 1963: «Así fue la fe de San José: plena, confiada, íntegra, manifestada en una entrega eficaz a la voluntad de Dios, en una obediencia inteligente. Y, con la fe, la caridad, el amor. Su fe se funde con el Amor: con el amor de Dios que estaba cumpliendo las promesas hechas a Abraham, a Jacob, a Moisés; con el cariño de esposo hacia María, y con el cariño de padre hacia Jesús. Fe y amor en la esperanza de la gran misión que Dios, sirviéndose también de él —un carpintero de Galilea—, estaba iniciando en el mundo: la redención de los hombres» [163].

Desde los comienzos, Mons. Escrivá de Balaguer encomendaba a San José el que hubiera más almas que viviesen a fondo su vocación cristiana y así también se lo recomendaba a quienes estaban a su alrededor. Una buena muestra son las palabras con que concluía la homilía pronunciada en la Epifanía del Señor, el año 1956: «Hemos hablado hoy de vida de oración y de afán apostólico. ¿Qué mejor maestro que San José? Si queréis un consejo que repito incansablemente desde hace muchos años, *Ite ad Ioseph* (Gen XLI,55), acudid a San José: él os enseñará caminos concretos y modos humanos y divinos de acercarnos a Jesús» [164].

El papel de los Angeles Custodios

En la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer ocupa un lugar importante la presencia del Angel Custodio de cada uno, como compañero en la lucha ascética y en la labor apostólica. Aliado de nuestra santificación, nos procura una ayuda constante: «Te pasmas porque tu Angel Custodio te ha hecho servicios patentes. —Y no debías pasmarte: para eso le colocó el Señor junto a ti» [165].

Los Angeles Custodios son también valiosos colaboradores en la acción apostólica. Sabemos que el Angel Custodio de cada uno desea ardientemente conducir a la persona, que tiene bajo su custodia, hasta la vida eterna. Ese mismo deseo es el que mueve al apóstol: acercar a las almas a Dios. Por eso Mons. Escrivá de Balaguer escribía: «Gánate al Angel Custodio de aquél a quien quieras traer a tu apostolado. —Es siempre un gran "cómplice"» [166].

163. *Es Cristo que pasa*, n. 42.
164. *Ibidem*, n. 38.
165. *Camino*, n. 565.
166. *Consideraciones Espirituales*, p. 54; *Camino*, n. 563.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

3. *Frutos*

Cuando el apóstol pone los medios —todos los medios—, Dios envía los frutos. En la vida del Fundador del Opus Dei se ha cumplido lo que había escrito lleno de fe y esperanza en 1934: «Sembrar. —Salió el sembrador... Siembra a voleo, alma de apóstol. —El viento de la gracia arrastrará tu semilla si el surco donde cayó no es digno... Siembra, y está cierto de que la simiente arraigará y dará su fruto» [167].

El cristiano que vive su condición de enviado y corredentor podrá experimentar, a lo largo de su existencia, los milagros que narran los evangelistas. Mons. Escrivá de Balaguer lo describía así en 1954: «También a nosotros, si luchamos diariamente por alcanzar la santidad cada uno en su propio estado dentro del mundo y en el ejercicio de la propia profesión, en nuestra vida ordinaria, me atrevo a asegurar que el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios. Daremos luz a los ciegos. ¿Quién no podría contar mil casos de cómo un ciego casi de nacimiento recobra la vista, recibe todo el esplendor de la luz de Cristo? Y otro era sordo, y otro mudo, que no podían escuchar o articular una palabra como hijos de Dios... Y se han purificado sus sentidos, y escuchan y se expresan ya como hombres, no como bestias. *In nomine Iesu!* (Act III,6), en el nombre de Jesús sus Apóstoles dan la facultad de moverse a aquel lisiado, incapaz de una acción útil; y aquel otro poltrón, que conocía sus obligaciones pero no las cumplía... En nombre del Señor, *surge et ambula!* (Act III,6), levántate y anda.

»El otro, difunto, podrido, que olía a cadáver, ha percibido la voz de Dios, como en el milagro del hijo de la viuda de Naím: *muchacho, yo te lo mando, levántate* (Lc VII,14). Milagros como Cristo, milagros como los primeros Apóstoles haremos. Quizá en ti mismo, en mí se han operado esos prodigios: quizá éramos ciegos, o sordos, o lisiados, o hediamos a muerto, y la palabra del Señor nos ha levantado de nuestra postración. Si amamos a Cristo, si lo seguimos sinceramente, si no nos buscamos a nosotros mismos sino sólo a El, en su nombre podremos transmitir a otros, gratis, lo que gratis se nos ha concedido» [168].

167. *Consideraciones Espirituales*, p. 75; *Camino*, n. 794.
168. *Amigos de Dios*, n. 262.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei